

617

CÉSAR CASABEL



CESSAR OASO

Es propiedad de los Editores.

CÉSAR CASCABEL

PRIMERA PARTE



I

FORTUNA HECHA

—¿No tiene nadie otra moneda que darme?...

Vamos, niños, registráos.

—¡Aquí está, papá! respondió la niña.

Y sacó de su bolsillo un cuadrado de papel verdoso, arrugado y grasiento. Dicho papel llevaba impresas estas palabras, casi ilegibles: *United States fractional Currency*, rodeando la cabeza respetable de un señor de levita, con el número 10 seis veces repetido, y cuyo papel valía diez

centavos, próximamente diez sueldos franceses.

—¿Y de dónde te ha venido esto? preguntó la madre.

—Esto es el resto de la última entrada, respondió Napoleona.

—Y tú, Sandre, ¿no tienes nada?

—No, papá.

—¿Ni tú, Juan?

—Tampoco.

—¿Qué es lo que falta todavía, César? preguntó Cornelia á su marido.

—Faltan dos centavos, si queremos hacer cuenta redonda, respondió M. Cascabel.

—Aquí están, patrón, dijo Clou de Girofle, dando vueltas á una pequeña pieza de cobre que acababa de sacar de las profundidades de su bolsillo.

—¡Bravo, Clou! exclamó la niña.

—¡Bueno!... «ya está!» exclamó M. Cascabel.

Y «ya estaba», para hablar en el lenguaje de aquel honrado saltimbanqui. El total ascendía á dos mil dollars, ó sean diez mil francos. ¡Diez mil pesetas! ¿No son una fortuna, cuando se han llegado á reunir sacándolas de la generosidad pública, sólo por su talento?

Cornelia abrazó á su marido. Sus hijos le abrazaron á su vez.

—Ahora, dijo M. Cascabel, se trata de comprar una caja, una hermosa caja con secreto, donde guardaremos nuestra fortuna.

—¿Es verdaderamente indispensable? observó Mad. Cascabel, á la que este gasto asustaba un tanto.

—Cornelia, ¡es indispensable!

—Tal vez bastase con un cofrecito...

—¡Así son las mujeres! exclamó M. Cascabel. ¡Un cofrecito es para las alhajas! Una caja, ó por lo menos un arca de hierro, es para el dinero; y como vamos á hacer un largo viaje con nuestros diez mil francos...

—¡Compra, pues, tu arca de hierro, pero regatéala bien! respondió Cornelia.

El jefe de familia abrió la puerta del carruaje, *soberbio y consecuente*, que le servía de casa ambulante, saltó del estribo de hierro sujeto á las varas, y se puso en camino á través de las calles que convergen al centro de Sacramento.

En el mes de Febrero hace frío en Ca-

lifornia, á pesar de que este Estado está situado en la misma latitud que España. Pero, envuelto en su buena hopalanda, forrada de falsa marta, su gorro de piel metido hasta las crejas, M. Cascabel no se inquietaba gran cosa por la temperatura, y marchaba con paso alegre.

¡Un arca de hierro! ¡Ser poseedor de un arca de hierro había sido el sueño de toda su vida! ¡Este sueño iba por fin á realizarse!

Empezaba el año 1867.

Diecinueve años antes de aquella época, el territorio actualmente ocupado por la ciudad de Sacramento no era más que una vasta y desierta llanura. En el centro se elevaba un fortín, especie de *Blockhaus*, construido por los *settlers*, los primeros traficantes, con el objeto de defender sus campamentos contra los ataques de los indios del Oeste de América. Pero después que los americanos conquistaron la California á los mejicanos, que fueron incapaces de defenderla, el aspecto del país se modificó singularmente. El fortín se había transformado en una villa, hoy una de las más importantes de los Estados Unidos, si bien el incendio y las inundaciones destruyeron en varias épocas la ciudad naciente.

En este año de 1867, M. Cascabel no tenía que temer las invasiones de las tribus indias, ni aun las agresiones de los bandidos cosmopolitas reunidos, que invadieron la provincia en 1849, cuando fueron descubiertas las minas de oro, situadas un poco más al Nordeste, sobre la meseta de Grass-Valley y el célebre yacimiento de Allison-Rauch, cuyo cuarzo producía un franco del precioso metal por kilogramo.

¡Sí! Aquellos tiempos de fortunas extraordinarias, de ruinas terribles, de miserias sin nombre, habían pasado. Ya no había gambusinos, ni en esta parte de la Columbia Inglesa, ni en el Caribou, situado por encima de Washington, donde millares de mineros afluyeron hacia 1863. M. Cascabel no estaba expuesto á que su escaso peculio, ganado, por decirlo así, con el sudor de su cuerpo, y que llevaba en el bolsillo de su hopalanda, le fuera robado en el camino. En realidad, la adquisición de un arca de hierro no era tan indispensable, como él pretendía, para poner su

fortuna en seguridad; pero, si deseaba adquirirla, era en previsión de un gran viaje á través de los territorios del Far-West (1), menos guardados que la región californiana, viaje que debía volverle á llevar á Europa.

M. Cascabel caminaba, pues, sin inquietud, á lo largo de las anchas y limpias calles de la ciudad.

Aquí y allí *squares* magníficos, sombreados por hermosos árboles, todavía sin hojas; hoteles y casas particulares, construidas con tanta elegancia como comodidad; edificios públicos de arquitectura anglosajona; numerosas iglesias monumentales, que dan un imponente aspecto á la capital de la California. Por todas partes gente atareada, negociantes, armadores, industriales; los unos esperando la llegada de los buques, que bajan y suben por el río, cuyas aguas vierten en el Pacífico; los otros asaltando el *rail-road* (2) de Folsom, que envía sus trenes hacia el interior de la Confederación.

M. Cascabel se dirigía hacia High-Street (3) silbando una canción francesa.

Había ya reparado en el almacén de un rival de los Fichet y de los Huret, los célebres fabricantes parisienses de arcas de hierro, situado en esta calle. Allí William J. Morlan vendía bueno y no caro, relativamente, dado el precio excesivo de todas las cosas en los Estados Unidos de América.

William J. Morlan estaba en su almacén cuando M. Cascabel se presentó.

—M. Morlan, dijo, tengo el honor... Quisiera comprar un arca de hierro.

William J. Morlan conocía á César Cascabel: ¿y de quién no era conocido en Sacramento? Desde tres semanas antes, ¿no hacía las delicias de la población? Así, pues, el digno fabricante replicó:

—¿Un arca de hierro, Sr. Cascabel? Recibid mi enhorabuena.

—¿Y por qué?

—Porque comprar un arca de hierro indica que hay algunos sacos de dollars que guardar.

—En efecto, Sr. Morlan.

—Pues bien, aquí tenéis, respondió el comerciante, enseñándole una caja enor-

me, digna de figurar en las oficinas de MM. Rothschild hermanos ú otros banqueros de los que generalmente tienen mucho que guardar.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡poco á poco! dijo monsieur Cascabel. ¡Habría aquí para alojar á toda mi familia!... Un verdadero tesoro, convengo en ello; pero, por el momento, no se trata de meterlos bajo llave!... ¡Heim! Sr. Morlan: ¿qué es lo que podría contener esta enorme caja?...

—Varios millones en oro.

—¿Varios millones?... ¡Entonces... ya volveré... más tarde, cuando los tenga!... ¡No! lo que me hace falta es un cofrecito muy sólido, que pueda llevar bajo el brazo y ponerlo en el fondo de mi carruaje cuando viajo.

—Tengo lo que os hace falta, Sr. Cascabel.

Y el fabricante le presentó un cofre, provisto de su cerradura de seguridad. No pesaba más de veinte libras, y estaba dispuesto en el interior como lo están las cajas de caudales ó de títulos de los establecimientos de banca.

—Además, incombustible, añadió mister William J. Morlan, y garantizado sobre factura.

—¡Perfectamente!... ¡Perfectamente! respondió M. Cascabel. ¡Me conviene, siempre que me respondáis de la cerradura de este cofre!...

—Cerradura de combinaciones, añadió el fabricante. Cuatro letras..., una palabra de cuatro letras, á escoger en cuatro alfabetos, lo que da cerca de cuatrocientas mil combinaciones. Durante el tiempo que un ladrón tarda en buscarlas, habría para cogerle un millón de veces.

—¡Un millón de veces, Sr. Morlan! ¡Es verdaderamente maravilloso!... Pero ¿el precio?... ¡Ya comprenderéis que un arca es muy cara cuando cuesta más que lo que ha de contener!

—Muy justo, Sr. Cascabel. Por lo tanto, no os pediré más que seis dollars y medio...

—¿Seis dollars y medio? respondió Cascabel. ¡No me gusta ese precio! Veamos, Sr. Morlan: en los negocios es preciso ser justo. ¿Conviene los cinco dollars?

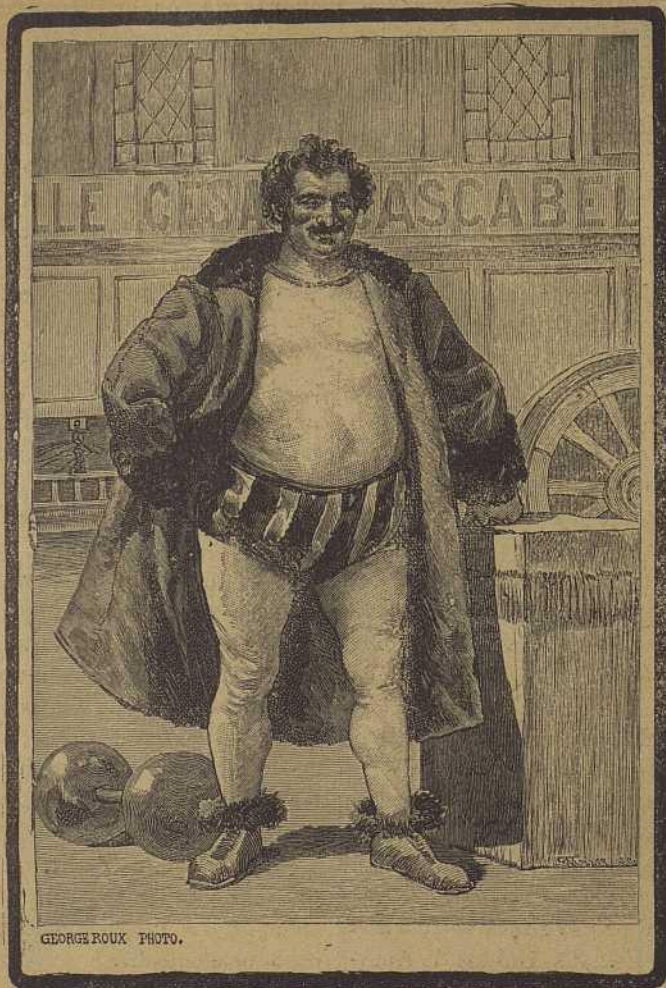
—Sea, porque es usted, Sr. Cascabel.

Negocio concluido, precio pagado. William J. Morlan propuso al saltimbanqui

(1) Lejano Occidente.

(2) Camino de hierro.

(3) Calle alta.



César Cascabel

que le llevasen el cofre á su casa ambulante, no queriendo cargarle con este fardo.

—¡Vaya, Sr. Morlan! ¡Un hombre como vuestro servidor, que juega con pesos de cuarenta!

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué pesan exactamente vuestros pesos de cuarenta? preguntó riendo M. Morlan.

—Exactamente quince libras; pero no lo divulgéis, replicó M. Cascabel.

William J. Morlan y él se separaron encantados uno de otro.

Media hora después el dichoso poseedor del arca de hierro llegaba al circo, donde estacionaba su coche, y depositó, no sin alguna satisfacción de amor propio, «la caja de la Casa Cascabel.»

¡Ah! ¡Cómo se admiró en aquel peque-

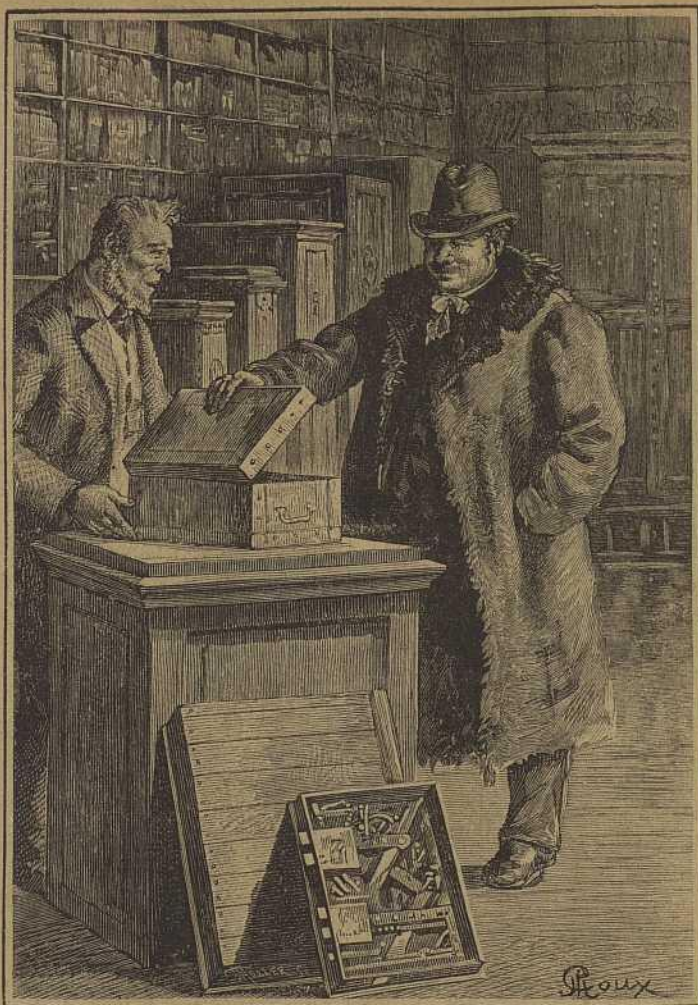
ño círculo esta caja! ¡Y cuán orgullosa se encontraba la familia con poseerla! Fué necesario abrirla para volverla á cerrar. El joven Sandre hubiera querido meterse dentro para divertirse. Pero ¡imposible! era demasiado pequeña para alojarle. En cuanto á Clou de Girofle, jamás había visto cosa tan bonita, ni aun en sueños.

—¡Lo que es esto debe ser difícil de abrir, exclamó, á menos que sea fácil, si cierra mal!

—Nunca has dicho más verdad, replicó M. Cascabel.

Después, con voz de mando de esas que no admiten réplica, y con un gesto significativo de los que no permiten vacilación:

—Vamos, niños, id cuanto antes, dijo, y traednos de almorzar... como unos prin-



—Además, incombustible, añadió Mr. William J. Morlan.

cipes. He aquí un dólar, que pongo á vuestra disposición... ¡Yo convido!

¡El buen hombre! ¡Como si no fuera él el que *convidaba* todos los días! Pero le gustaba este género de bromas, á las que acompañaba una fuerte risotada.

En un momento Juan, Sandre y Napoleona se pusieron en marcha, en compañía de Clou, que llevaba al brazo un gran cesto, destinado para las provisiones.

—Y ahora que estamos solos, Cornelia, hablemos un poco, dijo M. Cascabel.

—¿Y de qué, César?

—¿De qué?... De la palabra que vamos á escoger para cerrar nuestra arca de hierro. No es esto que desconfie de mis hijos... ¡Gran Dios! ¡De esos querubines!... ¡Ni tampoco del imbécil de Clou de Giro-

fle, que es la honradez en personal... Pero es necesario que estas palabras sean secretas.

—Escoge la palabra que quieras, respondió Cornelia.

—Lo dejo á tu elección.

—¿No tienes preferencia?

—No.

—Pues bien, quisiera que fuese un nombre propio.

—¡Sí!... eso es... el tuyo, César.

—¡Imposible!... ¡Es muy largo!... Es necesario que el nombre tenga sólo cuatro letras.

—Entonces quitale al tuyo una.... Puedes muy bien escribir César sin r. Supongo que seremos dueños de hacer lo que nos acomode.

—¡Bravo, Cornelia!... Es una idea... una de esas ideas que tienes á menudo, esposa mía! Pero si nos decidimos á quitar una letra á mi nombre, quisiera mejor quitar cuatro, y que fuera el tuyo.

—¿Mi nombre?...

—¡Sil... Tomando el final... *elia*. Lo encuentro más distinguido.

—¡Ah!... ¡César!...

—¿Te dará gusto, no es verdad, tener tu nombre en la cerradura del arca?

—¡Sí, puesto que ya está en tu corazón!... respondió Cornelia, con no menos énfasis que ternura. Después, completamente dichosa, abrazó vigorosamente á su excelente marido.

Y he aquí cómo, por consecuencia de esta combinación, cualquiera que no conociese la palabra *Elia* no podría abrir el cofre de la familia Cascabel.

Media hora más tarde, los niños estaban de vuelta con las provisiones, jamón y buey salado, cortados en lonchas apetitosas, y también algunas de esas sorprendentes legumbres que produce la vegetación californiana, coles arborescentes, patatas gruesas como melones, zanahorias de medio metro de longitud, «y, decía con gusto M. Cascabel, que no tienen igual más que en las que se sacan sin tomarse el cuidado de cultivarlas.» En cuanto á la bebida, no se tenía más que el trabajo de escoger entre las variedades que la naturaleza y el arte ofrecen á las gargantas americanas. Esta vez, sin hablar del bock de cerveza espumosa, cada uno tendría su parte de una botella de *sherry* para los postres.

En un momento, Cornelia, secundada por Clou, su ayudante ordinario, preparó el almuerzo. La mesa fué puesta en el segundo departamento del coche, llamado salón de familia, y cuya temperatura estaba mantenida á un grado conveniente por el hornillo de la cocina, establecido en el departamento contiguo. Sí, este día—como todos los demás, por otra parte—el padre, la madre y los niños comieron con notable apetito, que estaba justificado por las circunstancias.

Acabada la comida, M. Cascabel, tomando el tono solemne que daba á sus discursos cuando hablaba en público, se expresó en estos términos:

—Mañana, niños, habremos dejado á

Sacramento, esta noble villa y sus nobles habitantes, á los que debemos labar, cualquiera que sea su color, rojo, negro ó blanco. Pero Sacramento está en California, California en América, y América no está en Europa. Además, el país es el país, y en Europa está Francia, y no es demasiado pronto para que Francia nos vuelva á ver *dentro de sus muros*, después de una ausencia que se ha prolongado durante bastantes años. ¿Hemos hecho fortuna? ¡A decir verdad, no! Sin embargo, poseemos cierta cantidad de dollars, que harán buena figura en nuestra arca de hierro, cuando los hayamos cambiado en oro ó plata francesa. Una parte de esta suma nos servirá para atravesar el Atlántico sobre los rápidos vapores que ostentan nuestro pabellón con los tres colores que Napoleón paseó en otro tiempo de capital en capital... ¡A tu salud, Cornelia!

Mad. Cascabel se inclinó ante este testimonio de buena amistad que la daba su esposo, como para darle gracias por haberle proporcionado Alcides y Hércules en las personas de sus hijos.

Después añadió:

—¡Bebó también por nuestro dichoso viaje! ¡Puedan los vientos favorables hinchar nuestras velas!

Se detuvo para echar á cada uno el último vaso de su excelente *sherry*.

—Pero, Clou, tal vez me dirás que, una vez pagado nuestro viaje, no quedará nada en el arca...

—No, señor patrón... á menos que el precio del viaje, añadido al precio del camino de hierro...

—¡El camino de hierro! ¡Los *railroads*, como dicen los yankees! exclamó M. Cascabel. Pero, tonto y desprovisto de razón, ¡no los tomaremos! Cuento con economizar los gastos de transporte desde Sacramento á New-York, haciendo el viaje en nuestra casa ambulante. Algunos centenares de leguas no es para atemorizar, supongo, á la familia Cascabel, que tiene la costumbre de pasearse á través del mundo.

—¡Evidentemente! respondió Juan.

—¡Y qué gusto será para nosotros volver á ver Francia! exclamó Mad. Cascabel.

—Vuestra Francia, que no os conoce, hijos míos, replicó M. Cascabel, puesto

que todos habéis nacido en América; ¡nuestra bella Francia, que conoceréis por fin! ¡Ah, Cornelia! ¡Qué placer para ti, una Provenzala, y para mí, Normando, después de veinte años de ausencia!

—¡Sí, César, sí!

—Mira, Cornelia, se me había de ofrecer un ajuste, aunque fuera para el teatro de M. Barnum, y lo había de rehusar. ¿Retardar nuestra marcha? ¡Jamás!... Primero iría andando con las manos... Es la nostalgia del país que nos acomete, y hay que curarse volviendo allá... No conozco otro remedio.

Y César Cascabel decía la verdad. Su mujer y él no tenían más que un pensamiento: volver á Francia. ¡Y qué satisfacción poderlo hacer, puesto que el dinero no faltaba!

—Partiremos, pues, mañana, dijo monsieur Cascabel.

—Y quizás sea para nosotros el último viaje, respondió Cornelia.

—Cornelia, replicó su marido con dignidad: no conozco más que un último viaje, y es aquel para el cual Dios no concede billete de vuelta.

—Sea, César; pero antes de eso ¿no descansaremos cuando hayamos hecho fortuna?

—¿Descansar, Cornelia? ¡Jamás! No quiero la fortuna, si la fortuna nos conduce á la ociosidad. ¿Piensas, pues, que te asiste el derecho de dejar sin empleo el talento con que la naturaleza te ha dotado con tanta largueza? ¿Imaginas que se pueda vivir con los brazos cruzados, á riesgo de nuestras articulaciones? ¿Comprendes á Juan abandonando sus ejercicios de equilibrista, no danzando Napoleona en la cuerda tirante con ó sin balancín, no figurando Sandre en el vértice de la pirámide humana, y hasta el mismo Clou, sin guardarse una media docena de bofetones por minuto para mayor contentamiento del público? ¡No, Cornelia! Dime que el sol se apagará por la lluvia, que el mar será absorbido por los peces; ¡pero no me digas que la hora del descanso ha de sonar para la familia Cascabel! Y ahora, no hay más que acabar los preparativos con el fin de ponerse en camino mañana temprano, cuando el sol se eleve sobre el horizonte de Sacramento.

Esto fué lo que se hizo durante la

tarde. Inútil es decir que la famosa arca se colocó en lugar seguro en el último departamento del carruaje.

—De esta manera, dijo M. Cascabel, podremos guardarla noche y día.

—Decididamente, César, creo que has tenido una buena idea, respondió Cornelia, y no siento el dinero que nos ha costado.

—Es un poco pequeña quizás, esposa mía; pero ya compraremos otra mayor... si nuestro gato llegara á desarrollarse.

II

LA FAMILIA CASCABEL

¡Cascabel!... Nombre célebre y hasta ilustre en las cinco partes del mundo y «otros lugares,» como decía fieramente el que le llevaba con tanto honor.

César Cascabel, originario de Pontorson, en plena Normandía, y acostumbrado á todas las sutilezas y truhanerías del país normando. Pero por diestro, por enredador que fuese, era un hombre honrado, y conviene no confundirle con los individuos, demasiado sospechosos, de la corporación de los titiriteros.

Jefe de familia, rescataba, por sus virtudes excepcionales, la humildad de su origen y las irregularidades de su profesión.

En aquella época, M. Cascabel tenía la edad que representaba, cuarenta y cinco años, ni más ni menos. Hijo de la *bohemia*, en toda la acepción de la palabra, había tenido por cuna el fardo que su padre llevaba á hombros cuando corría por las ferias y mercados de la provincia normanda. Su madre había muerto poco después que él nació, y fué recogido muy á propósito por una compañía ambulante, cuando perdió á su padre algunos años más tarde. Allí se pasó su infancia en volteretas, contorsiones y saltos mortales, con la cabeza hacia abajo y los pies al aire. Después fué sucesivamente *clown*, gimnasta, acróbata, Hércules de feria, hasta el momento en que, padre de tres niños, se hizo director de esta pequeña familia que había creado á medias con Mad. Cascabel,

llamada Cornelia Vadarasse, de Martigues, en Provenza.

Inteligente é ingenioso, si su vigor era notable y su destreza poco ordinaria, sus cualidades morales no cedían á sus cualidades físicas. Sin duda piedra que rueda no se enmohece; pero si se frota por lo menos con las asperezas de los caminos, se pule, mata sus ángulos, se hace redonda y reluciente. Así, después de cuarenta años que César Cascabel rodaba por el mundo, se había frotado, pulido y redondeado tan bien, que conocía de la existencia todo lo que se puede conocer, no asustándose ni admirándose de nada. A fuerza de haber corrido por Europa de feria en feria, de haberse aclimatado tanto en América como en las colonias holandesas ó españolas, comprendía casi todas las lenguas, las hablaba más ó menos bien «hasta las que no sabía,» porque no tenía inconveniente, decía, en expresarse por gestos cuando la palabra le era inútil.

César Cascabel tenía una estatura algo más que mediana, torso vigoroso, miembros bien acoplados, cara con el maxilar inferior algo pronunciado, que es el signo de la energía; cabeza fuerte, embrollada de cabellos rudos, tostada por los rayos del sol y curtida por el contacto de todas las ráfagas; bigote sin puntas bajo su nariz poderosa, dos medias patillas sobre sus carrillos barrosos, ojos azules, muy vivos, muy penetrantes, con buena mirada; una boca que hubiera tenido todavía treinta y tres dientes si se hubiese hecho poner uno. Delante del público, un Federico Lemaitre, con grandes gestos, posiciones fantásticas, frases declamatorias; pero en particular, muy sencillo, muy natural y adorando á su familia. De una salud á toda prueba, si su edad le impedía por ahora la profesión de acróbata, era siempre notable en los ejercicios de fuerza que necesitan del «biceps.» Además, poseía un talento extraordinario en cierta rama de la industria ambulante, la ventriloquia, la ciencia del engastrimismo, que data de la antigüedad, puesto que, al decir del obispo Eustaquio, la Pitonisa de Endor no era más que una ventrilocuá. Cuando quería, su gáznate bajaba desde la garganta hasta el vientre. ¿Hubiera podido cantar un dúo él solo?... No se habría visto muy apurado para hacerlo.

En fin, para acabar su retrato, notemos que César Cascabel tenía su flaco por los grandes conquistadores, Napoleón sobre todo. ¡Sí! Amaba al héroe del primer Imperio tanto como detestaba á sus verdugos, aquellos hijos de Hudson Lowe, aquellos abominables John Bull. Napoleón era «su hombre.» Por eso no había querido nunca trabajar delante de la reina de Inglaterra «¡aunque se lo hubiese rogado por conducto de su mayordomo en jefe!» lo que decía con tan buena fe y tan á menudo, que había acabado por creerlo. Y, sin embargo, M. Cascabel no era un director de circo, un Franconi, un Rancy ó un Loyal, á la cabeza de una compañía de jinetes de ambos sexos, de *clowns*, de *jongleurs*, no; era un simple saltimbanqui que se exhibía en las plazas, al aire libre, si hacía buen tiempo; bajo tiendas de campaña cuando llovía. En este oficio, en el que había corrido aventuras sin cuento durante un cuarto de siglo, había ganado, como sabemos, la suma redonda, al presente encerrada en el arca de combinaciones.

¡Lo que esto representaba de trabajos, de fatigas, de miseria á veces! Al presente, lo más duro estaba hecho. La familia Cascabel se preparaba á volver á Europa. Después de haber atravesado los Estados Unidos, tomarían pasaje en un paquebot francés ó americano; inglés... ¡jamás!

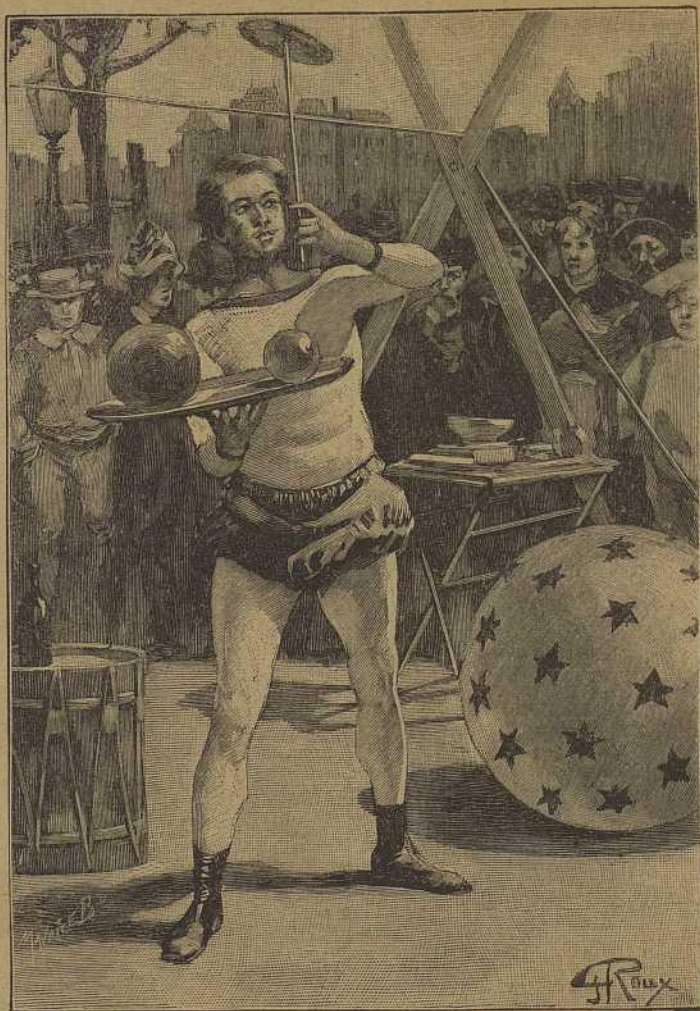
Por lo demás, César Cascabel no se apuraba por nada. Los obstáculos no existían para él; á lo más, dificultades. El salvarlas y dejar expedito el camino de la vida era su negocio. Hubiera voluntariamente repetido como el duque de Dantzig, uno de los mariscales de campo de su grande hombre:

—«Abridme un agujero y pasaré por él.»

Y había pasado por bastantes agujeros, en efecto.

«Mad. Cascabel, llamada Cornelia Vadarasse, una provenzal pura sangre, la incomparable profeta del porvenir, lúcida y translúcida, la reina de las mujeres eléctricas, adornada con todas las gracias de su sexo, dotada de todas las virtudes que hacen el honor de una madre de familia, victoriosa en las grandes luchas femeninas con que Chicago había invitado á las «primeras atletas del mundo.»

En estos términos, M. Cascabel presen-



Juan Cascabel

taba habitualmente á la compañera de su vida. Veinte años antes la había tomado por esposa en New-York. ¿Consultó á su padre sobre este casamiento? No. Primeramente, porque su padre no le había consultado para el suyo, decía, y además porque aquel bravo hombre no existía ya. Se hizo, se puede creer, sin todas las formalidades preliminares que en la vieja Europa retardan penosamente la unión de dos seres hechos el uno para el otro.

Una tarde en el teatro de Barnum, en el Broadway, en el que se encontraba como espectador, César Cascabel se maravilló del encanto, de la agilidad, de la fuerza que desplegaba una joven acróbata francesa en el ejercicio de la barra fija, Mlle. Cornelia Vadarasse. Asociar su ta-

lento al de esta graciosa joven, no hacer más que una de dos existencias, entrever para el porvenir una familia de pequeños Cascabeles, dignos de su padre y de su madre, todo esto pareció indicado al honrado saltimbanqui. Lanzarse á la escena durante un entreacto, darse á conocer á Cornelia Vadarasse, hacerla las proposiciones más convenientes en vista de un casamiento entre francés y francesa, avisar á un honorable clérigo que estaba en la sala, arrastrarle al *foyer* y pedirle que consagrara una unión tan bien avenida, es lo que se hizo en el dichoso país de los Estados Unidos de América. ¿Y son peores estos casamientos al vapor? En todo caso, el de César Cascabel y Cornelia Vadarasse debía ser uno de los mejores

que jamás se hubieran celebrado en este bajo mundo.

En la época en que empieza esta historia, Mad. Cascabel tenía cuarenta años; era de buena estatura, tal vez un poco corpulenta, cabellos negros, ojos negros, boca sonriente, todos los dientes, como su marido. En cuanto á su vigor excepcional, se había podido juzgar por las memorables luchas de Chicago, en que obtuvo «un brazalete de honor.» Mencionemos también que Cornelia amaba á su esposo como el primer día, teniendo una confianza inalterable, una fe absoluta en el genio de este hombre extraordinario... uno de los tipos más notables que jamás haya producido el país normando.

El primogénito de los mancebos debidos á este matrimonio de artistas ambulantes, fué Juan, de diecinueve años de edad. Si no tenía, como los de su familia, aptitudes para los trabajos de fuerza, para los ejercicios de gimnasia, de *clown* ó de acróbata, se distinguía por una notable destreza de manos y una seguridad de vista que le hacía un *jongleur* gracioso, elegante, y al que sus éxitos apenas enorgullecían. Era un ser dulce y pensativo, moreno como su madre, con ojos azules. Estudioso y reservado, procuraba instruirse en donde y cuando podía. Aunque no le avergonzaba la profesión de sus padres, comprendía que podría hacer algo más de provecho que dar vueltas en público, y se prometía dejar este oficio cuando estuviese en Francia. Pero profesando á su padre y su madre un cariño profundo, conservaba respecto á este asunto una extremada reserva; y, por otra parte, ¿cómo llegaría á crearse otra posición en el mundo?

Segundo hijo. ¡Ah! Era el penúltimo, el contorsionista de la *troupe*; era el producto lógico de la unión de los Cascabeles. Doce años; listo como un gato, diestro como un mono, vivo como una anguila, un pequeño *clown*, de tres pies y seis pulgadas de altura, venido al mundo dando el salto mortal—si hemos de creer á su padre;—un verdadero pillete por sus travesuras y sus farsas, pronto á la réplica, pero una buena naturaleza, mereciendo á veces tantarantanes y riendo siempre cuando los recibía. Verdad es que no eran nunca demasiado fuertes.

Como se habrá notado, el primogénito de los Cascabel se llamaba Juan. ¿Y por qué este nombre? Es que la madre le había impuesto en recuerdo de uno de sus tíos, Juan Vadarasse, un marino de Marsella que había sido devorado por los caribes, de lo cual estaba muy orgullosa. Evidentemente, el padre, que tenía la suerte de llamarse César, hubiera preferido otro más histórico, más en armonía con sus admiraciones secretas para los hombres de guerra. Pero no había querido contrariar á su mujer en el nacimiento de su primer hijo, y había aceptado el nombre de Juan, prometiéndose el desquite si sobrevenía otro retoño. Así sucedió, y el segundo hijo se llamó Alejandro, como hubiera podido llamarse Amilcar, Atila ó Aníbal. Solamente por abreviatura familiar se le llamaba *Sandre*.

Después del primero y segundo muchachos, la familia se enriqueció con una niña; y esta niña, que Mad. Cascabel hubiera querido llamar Hersilla, se llamaba Napoleona, en honor del mártir de Santa Helena.

Napoleona tenía entonces ocho años. Era una niña gentil, que prometía ser muy bonita; y cumplió en efecto su promesa. Rubia y sonrosada, de una fisonomía viva y móvil, muy graciosa y muy diestra, los ejercicios de la cuerda tirante no tenían secretos para ella; sus pequeños pies, posados sobre el hilo metálico, resbalaban y jugaban como si la ligera muchacha hubiera tenido alas que la sostuvieran.

No hay que decir que Napoleona era la niña mimada de la familia. Todos la adoraban: verdad es que era adorable. Su madre acariciaba la idea de que llegaría un día en que hiciera un gran casamiento. ¿No es éste uno de los contingentes inherentes á la vida nómada de los saltimbanquis? ¿Por qué Napoleona, joven y bella, no había de encontrar un príncipe que se enamorase de ella y la desposara?

—¿Como en los cuentos de hadas? respondió M. Cascabel, más positivista que su mujer.

—No, César, como en la vida real.

—¡Ay, Cornelia! No estamos en los tiempos en que los reyes se casaban con las pastoras; y por otra parte, hoy no sé si las pastoras consentirían en tomar por esposos á los reyes.

Tal era la familia Cascabel: un padre, una madre y tres niños. Quizás hubiera sido mejor que se hubiese aumentado con un cuarto retoño, desde el punto de vista de ciertos ejercicios de pirámide humana, en que los artistas se escalonan unos sobre otros en número par; pero este cuarto no existía.

Por fortuna, Clou de Girofle estaba allí, y muy indicado para prestar su concurso en los espectáculos extraordinarios.

En realidad, Clou completaba el grupo de los Cascabeles. La *troupe* era su familia. Formaba parte de ella en todos conceptos, aunque era de origen americano. Uno de estos pobres diablos sin familia, nacidos no se sabe dónde—y apenas si lo saben ellos mismos,—criados por caridad, alimentados por la ocasión, dirigiéndose al bien cuando tienen una honrada naturaleza, una moralidad nativa que les permite resistir los malos ejemplos y los malos consejos de la miseria. ¿Y no es justo tener alguna piedad para estos miserables, si lo más frecuente es que estén predestinados á obrar mal ó á acabar mal? No estaba en este caso Ned Harley, á quien M. Cascabel creyó chistoso darle el sobrenombre de *Clou de Girofle*. ¿Y por qué? Primero, porque era delgado como un clavo, y segundo, porque se había ajustado para recibir durante las representaciones más alelles de cinco hojas (vulgo *bofetones*) que pueda en un año dar cualquier arbusto de la familia de las crucíferas.

Dos años antes, cuando M. Cascabel había encontrado á este desgraciado ser, durante su vuelta por los Estados Unidos, Ned Harley estaba destinado á morir de hambre. La compañía de acróbatas de que formaba parte acababa de desbandarse por la fuga de su director. Representaba los «minstrels» (1). ¡Triste oficio, aun cuando alimenta al que lo ejerce! Se embadurnaba con betún, se «ennegrecía», vestía un traje y un pantalón negros, un chaleco blanco y una corbata blanca; después entonaba canciones grotescas y arañaba un violín ridículo, en compañía de cuatro ó cinco parias de su especie; ¡qué destino en el orden social! Pues bien: este destino acababa de faltar á Ned Harley, y fué muy dichoso encontrando en su cami-

no á la Providencia en la persona de M. Cascabel.

Precisamente, éste acababa de despedir á su payaso, al cual estaban generalmente destinados los papeles de *pierrrot* en las farsas representadas á la puerta de la barraca antes de empezar el espectáculo. ¿Se creería? Este payaso se había supuesto americano, cuando era de origen inglés. ¡Un John Bull en la *troupe*! ¡Un patriota de los verdugos quel... Ya conocéis el resto. Un día, por casualidad, M. Cascabel supo la nacionalidad del intruso.

—Señor Waldurton, le dijo, puesto que sois inglés, váis á marcharos inmediatamente, ú os aplico la bota á la trasera, por más *pierrrot* que seáis.

Y aunque fuese *pierrrot*, M. Waldurton hubiera recibido la bota en el sitio indicado, si no se hubiese apresurado á tomar las de Villadiego.

Entonces Clou le reemplazó. El *ex minstrel* se ajustó para hacer de todo, tan en las farsas sobre el tablado como para el cuidado de las bestias, ó la cocina, cuando era necesario ayudar á Cornelia. No hay para qué decir que hablaba el francés, pero con un acento de los más pronunciados.

Era, en resumen, un muchacho sencillo, de treinta y cinco años de edad, tan alegre cuando atraía al público con sus gracias burlescas, como melancólico en la vida privada. Veía casi siempre las cosas por su lado malo, y, francamente, nadie podía extrañarse, pues hubiera sido difícil contarle entre los felices de este mundo.

Su cabeza, en punta, su cara larga y estirada, sus cabellos amarillentos, sus ojos redondos y desmesuradamente abiertos, su nariz extraordinariamente larga, sobre la que se hubiera podido colocar media docena de anteojos—gran efecto de risa,—sus orejas separadas, su cuello de garza, su delgado torso, puesto sobre unas piernas de esqueleto, hacían de él un ser extravagante. Por otra parte, nunca se quejaba á menos que...—era la corrección que daba generalmente á sus dichos—á menos que la mala suerte le diera motivo para quejarse.

Por lo demás, desde su entrada en casa de los Cascabeles se había hecho tan simpático á la familia, que no hubiese ésta podido pasar sin su Clou de Girofle. Tal era, si nos podemos expresar así, el ele-

(1) Ministriles



Clou de Girofle y Napoleona

mento humano de esta *troupe* de saltimbanquis. En cuanto al elemento animal, estaba representado por dos buenos perros, uno excelente para la caza y muy seguro para guardar la casa ambulante, y otro de aguas, sabio y espiritual, destinado á ser miembro del Instituto el día que haya un instituto para la raza canina.

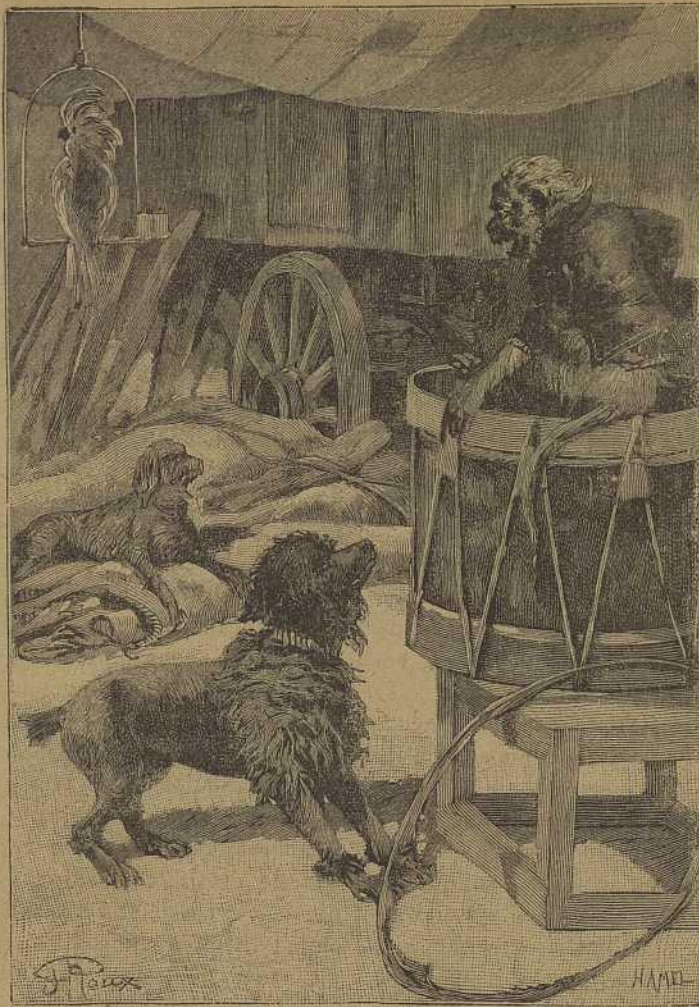
Después de los dos perros, conviene presentar al público un pequeño mono, que en los concursos de muecas podía luchar, no sin éxito, con el mismo Clou, y casi siempre los espectadores se hubieran visto muy perplejos para decidir á cuál de los dos debía adjudicarse el premio. Después había un papagayo, Jako, originario de Java, que hablaba, picoteaba, cantaba y chirriaba diez ó doce horas, gracias á las

lecciones de su amigo Sandre. Por último, dos caballos, dos caballos viejos, tiraban del coche ambulante, y ¡Dios sabe si sus piernas, un poco debilitadas por la edad, se habían alargado á través de los caminos durante millas y millas!

¿Se quiere saber cómo se llamaban estos dos excelentes animales? Se llamaban uno *Vermout*, como el vencedor de M. Delamarre; el otro *Gladiator*, como el vencedor de Lagrange. ¡Sí! Llevaban estos nombres ilustres sobre el *turf* (1) francés, sin haber jamás tenido el pensamiento de inscribirse para el Gran Premio de París.

En cuanto á los perros, el de caza se llamaba *Wagram*, el de aguas *Marengo*, y se adivina fácilmente á qué padrino de-

(1) Hipódromo



Wagram, Marengo, John Bull y Jako

bían estos nombres célebres en la historia.

El mono había sido bautizado con el nombre de John Bull, sencillamente por su fealdad.

¿Qué queréis? Es necesario perdonar á M. Cascabel esta manía, que tenía su origen, después de todo, en un patriotismo muy perdonable, hasta en una época en que tales antipatías no tienen ya razón de ser.

—¡Cómo! decía algunas veces. ¡Cómo no adorar al hombre que ha gritado, bajo una lluvia de balas: «seguid mi penacho blanco; siempre lo encontraréis!» etc.

Y cuando se le hacía observar que quien esto decía era Enrique IV:

—Es posible, respondía; pero Napoleón hubiera sido capaz de decirlo.

III

SIERRA NEVADA

¡Cuántos habrán soñado alguna vez con realizar un viaje en un *coach housse*, como viajan los saltimbanquis! ¡No tener que impacientarse ni por hoteles, ni posadas, ni camas inciertas, ni cocinas más inciertas todavía, cuando se trata de atravesar un país en el que escasean las aldeas ó pueblecillos!

Esto que los ricos aficionados hacen comunmente á bordo de sus yates de recreo, con todas las comodidades de una casa que cambia de lugar, hay muy pocos que lo hayan verificado en un coche *ad hoc*. Y, sin embargo, el coche, ¿no es la

casa que marcha? ¿Por qué los ambulantes son los únicos en conocer este placer «de la navegación en tierra firme?»

En efecto, el carruaje del saltimbanqui es la habitación completa, con sus cuartos y su mobiliario; es la *home* (1) movable, y la de César Cascabel respondía perfectamente á las exigencias de esta vida nómada.

La *Belle-Roulotte*. Así se llamaba, como si se tratase de una goleta normanda; y creed que justificaba este título, después de peregrinaciones tan diversas á través de los Estados Unidos. Comprada hacia tres años apenas, con las primeras economías del matrimonio, reemplazaba á la vieja galera cubierta sólo por un toldo y totalmente desprovista de muelles, que por largo tiempo había servido para alojar á toda la familia. Y como habían transcurrido más de veinte años desde que M. Cascabel corría por las ferias y mercados de la Confederación, se deduce que su vehículo era de fabricación americana.

La *Belle-Roulotte* descansaba sobre cuatro ruedas. Provista de buenos muelles de acero, unía la ligereza á la solidez. Cuidadosamente conservada, jabonada, frotada, lavada, hacía resplandecer sus tableros revestidos de vivos colores, en que el amarillo de oro se mezclaba agradablemente con el rojo cochinilla, exponiendo á las miradas esta razón social ya célebre: *Familia César Cascabel*. Por su longitud hubiera podido rivalizar con las carretas que recorren todavía las praderas del Far-West, donde el Great-Trunk, el ferrocarril de Nueva York á San Francisco no ha proyectado todavía sus ramificaciones. Evidentemente, dos caballos no podían arrastrar más que al paso este pesado vehículo. En efecto, la carga era pesada; sin contar los huéspedes que la habitaban, ¿no llevaba la *Belle-Roulotte*, sobre su galería superior, las telas de la tienda con estacas y cordeles? Además, por debajo, entre el juego delantero y el trasero, un canasto oscilante, cargado de objetos diversos, una gran caja, tambor, cornetín, trombón y otros utensilios y accesorios, que son los verdaderos útiles del titiritero.

Anotemos además los vestidos de una célebre pantomima: *Los bandidos de la*

Selva Negra, que figuraba en el repertorio de la familia Cascabel.

En el interior, la distribución estaba muy bien comprendida, y, á decir verdad, con una limpieza notable; una limpieza *flamenca*, gracias á Cornelia, que respecto de esto no bromeaba.

En la parte anterior, cerrado por una vidriera de corredera, se encontraba el primer departamento, que calentaba el fogón de la cocina. Después venía un salón ó comedor, en el que se daban las consultas de buena ventura; en seguida un dormitorio, con hamacas colocadas una encima de otra, como en los camarotes de un buque, donde dormían, separados por un tabique, á la derecha los dos hermanos, á la izquierda su hermanita; por último, en el fondo, el cuarto de los esposos Cascabel, con una cama de buenos colchones; una colcha multicolor: cerca de la cama había sido colocada la famosa arca de hierro. En todos los rincones, planchitas que podían subirse ó bajarse, formando mesillas ó graderías, y estrechos armarios donde se guardaban los trápos, pelucas y postizos de la pantomima. Dos lámparas de petróleo iluminaban el conjunto, verdaderas lámparas de navío, que se balanceaban cuando el vehículo seguía caminos mal nivelados; además, á fin de dejar penetrar en los diversos compartimientos la luz del día, media docena de ventanillos con cristales ajustados por plomos, y cortinillas de ligera muselina con cordones de color, daban á la *Belle-Roulotte* el aspecto de la garita de un *queche* holandés.

En cuanto á Clou de Giroffe, poco exigente por naturaleza, dormía en el primer compartimiento, sobre una hamaca que extendía por la noche entre las dos paredes, y que levantaba por la mañana á los primeros rayos del sol.

Queda por mencionar que los dos perros, *Wagram* y *Marengo*, en su calidad de guardianes de noche, dormían en el cesto, bajo el coche, donde toleraban la presencia del mono John-Bull, á pesar de su petulancia y su gusto por las travesuras; y el papagayo Jako estaba colocado en una jaula, suspendida en el interior del segundo departamento.

En cuanto á los dos caballos, *Gladiator* y *Vermout*, tenían completa libertad de pastar alrededor de la *Belle-Roulotte*,

(1) Casa.

sin que fuera preciso trabarlos. Y después de haber comido los retoños de la hierba de aquellos excelentes prados, en que la mesa estaba siempre dispuesta, como también la cama, no tenían más que tenderse para dormir sobre el suelo que les había alimentado.

Lo cierto es que, cuando llegaba la noche, con los fusiles, los revólvers de sus huéspedes y los dos perros que la guardaban, la *Belle-Roulotte* ofrecía completa seguridad.

Tal era el coche de familia. ¡Cuántas millas y millas había recorrido desde hacía tres años, á través de la Confederación, de Nueva York á Albany, del Niágara á Búfalo, á San Luis, á Filadelfia, á Boston, á Washington, siguiendo el curso del Misissipi hasta Nueva Orleans, á lo largo del Great-Trunk, hasta las montañas Rocosas, al país de los Mormones, y hasta el fondo de la California! Viaje higiénico si los hay, puesto que nadie de la *troupe* había estado jamás enfermo, á excepción de John-Bull, cuyas indigestiones eran frecuentes: ¡tanto su instinto le servía para satisfacer su inconcebible glotonería!

¡Y qué alegría sería traer á Europa esta *Belle-Roulotte*, y conducirla por los caminos del viejo continente! ¡Qué curiosidad tan simpática excitaría atravesando Francia y las campiñas del país normando! ¡Ah! ¡Volver á ver á su Francia, «volver á ver su Normandía», como en la célebre canción de Bérat, era á lo que tendían todos los pensamientos, todas las aspiraciones de César Cascabel!

Una vez en Nueva York, el vehículo debía ser desarmado, empaquetado, embarcado á bordo de un paquebot con destino al Havre, y no tendrían más que volverle á poner sobre sus ruedas para tomar el camino de la capital.

¡Sí! Se les hacía tarde á M. Cascabel, á su mujer, á sus hijos, el ponerse en marcha, y sin duda también á sus compañeros, á los que podríamos llamar sus amigos de cuatro patas. Por esto es por lo que dejaron la gran ciudad de Sacramento, al amanecer del 15 de Febrero, unos á pie, otros en el coche, cada cual á su gusto.

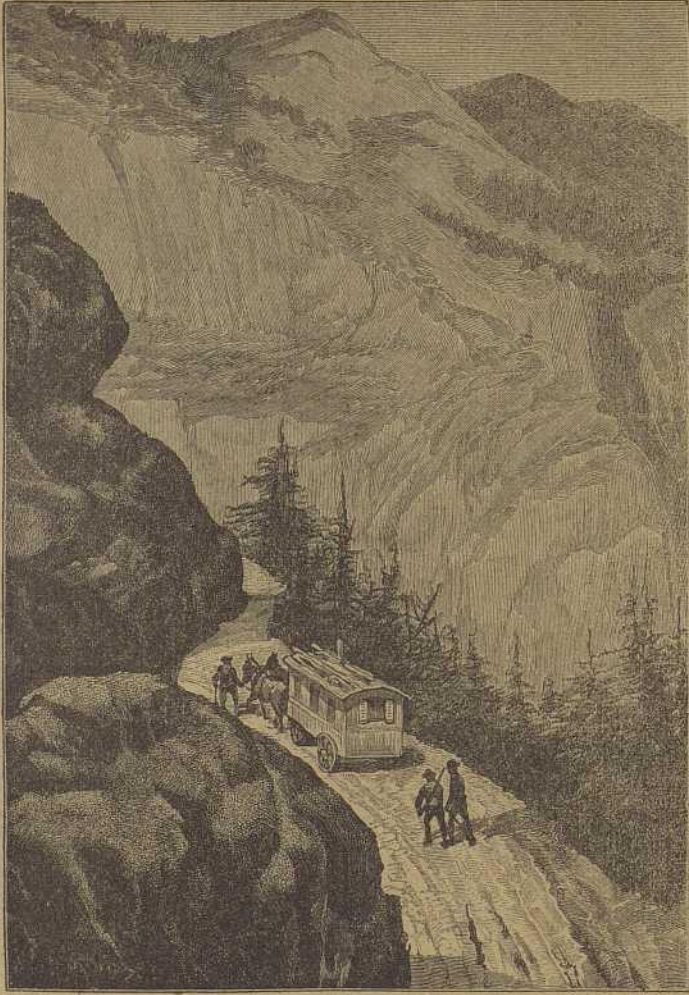
La temperatura era todavía muy fresca, pero hacía buen tiempo. No hay para qué decir que no se pusieron en camino sin *bischochos*; dicho de otra manera, sin con-

servas variadas de carnes y legumbres.

Por otra parte, podrían proveerse de víveres en las villas y pueblecillos. Y después de todo, la caza, bisontes, gamos, liebres y perdices, ¿no abundan en estos territorios? ¿Se privaría Juan de tomar su escopeta y hacer de ella un buen uso, puesto que la caza no estaba prohibida ni se exigía licencia en las vastas praderas de Far West? Juan era un diestro tirador, y *Wagram*, á falta del perro de aguas *Marengo*, se distinguía por sus cualidades cinegéticas de primer orden.

Al abandonar Sacramento, la *Belle-Roulotte* tomó la dirección del Nordeste. Se trataba de llegar á la frontera por el camino más corto, y franquear la Sierra Nevada, ó sea próximamente doscientos kilómetros hasta el paso Sonora, que da acceso á las interminables llanuras del Este.

No era todavía el Far-West propiamente dicho, donde las villas pequeñas se encuentran muy lejos unas de otras. No era la *Pradera* con sus horizontes lejanos, sus anchos espacios desiertos, sus indios nómadas que la civilización rechaza poco á poco hacia las regiones poco frecuentadas del Norte de América. Casi al salir de Sacramento se elevaba ya el país. Se notaban las ramificaciones de la Sierra que recuadra admirablemente la vieja California entre sus cadenas cubiertas de pinos negrales, dominadas acá y allá por picos de cinco mil metros de altura. Es una barrera de verdor que la naturaleza ha dado á esta comarca, donde ha vertido tanto oro, vaciada ahora por la rapacidad humana. En la dirección seguida por la *Belle-Roulotte* no faltaban villas importantes: Jackson, Mocqueenne, Placerville, célebres puertos avanzados de Eldorado y del Calaveras. Pero M. Cascabel no se paraba en ellas más que el tiempo necesario para hacer algunas compras, ó cuando quería pasar una noche más tranquila. Tenía prisa por franquear las montañas de la Nevada, el país del gran Lago Salado y la enorme muralla de las montañas Rocosas, donde su tiro tendría algunos buenos empujones que dar; después, hasta la región del Erié ó del Ontario, el coche no tendría más que seguir á través de la *Pradera*, por caminos hollados ya por el pie de los caballos y las carretas de las caravanas.



Tenían prisa por franquear las montañas

Sin embargo, no se marchaba de prisa por aquellos territorios montuosos. El camino se alargaba por rodeos inevitables. Además, aunque esta comarca está atravesada por el 38° paralelo, que es en Europa el de Sicilia y España, los últimos fríos del invierno habían conservado todo su rigor. Se sabe que, por consecuencia del alejamiento del Gulf-stream—esa cálida corriente que, á partir del Golfo de Méjico, se dirige oblicuamente hacia la Europa—el clima de la América del Norte es mucho más frío, siendo su latitud la misma que la del antiguo continente. Pero, al cabo de algunas semanas, la California volvería á ser la tierra generosa entre todas, la madre fecunda, en que el grano de los cereales se multiplica al céntuplo, en

que las producciones más variadas de las zonas tropicales y templadas se mezclan con profusión; la caña de azúcar, el arroz, el tabaco, los naranjos, los olivos, los limoneros, las ananas, los bananos. No es sólo el oro el que ha hecho la riqueza del suelo californiano; es la extraordinaria vegetación que ha salido de sus entrañas.

—¡Echaremos de menos este país! decía Cornelia, que no era indiferente á los buenos manjares.

—¡Glotonal! la respondía M. Cascabel.

—¡Eh, no es por mí, es por los niños!

Varios días transcurrieron caminando por los linderos de los bosques á través de verdes praderas.

Por numerosos que fuesen los rumiantes por ellas alimentados, no conseguían



Monsieur Cascabel reapareció gritando: ¡probada!

agotar el tapiz de hierba que la naturaleza renueva sin cesar. No se insistirá nunca demasiado sobre la potencia vegetal de este territorio californiano, al que ningún otro puede ser comparado. Es el granero del Pacífico, y las flotas del comercio que exportan sus productos no podrían agotarlo.

La *Belle-Roulotte* marchaba al paso ordinario, por término medio, de seis á siete leguas por día, nada más. En estas condiciones había ya paseado su personal á través de los Estados Unidos, donde el nombre de los Cascabeles era tan ventajosamente conocido, desde las bocas del Misisipi hasta Nueva Inglaterra. Verdad es que entonces se detenía en cada villa de la Confederación con el objeto de hacer co-

lecta. Ahora, en este viaje del Oeste al Este, no se trataba de maravillarse al populacho. No era una vuelta artística esta vez; era la vuelta á la vieja Europa, con sus granjas normandas en el horizonte.

La travesía se hacía alegremente, y ¡cuántas casas sedentarias hubieran envidiado la dicha que contenía aquella casa ambulante! Se reía, se cantaba, se chancaba, y algunas veces, el cornetín, vigorosamente tocado por el joven Sandre, ponía en fuga á los pájaros, no menos gorgorjeantes que esta dichosa familia.

Todo eso estaba muy bien; pero los días invertidos en el viaje no debían ser necesariamente días de vacaciones.

—Niños, repetía M. Cascabel, es necesario no enmohecerse.

Y durante las paradas, si sus caballos reposaban, la familia no lo hacía. Más de una vez los indios se apresuraron á mirar á Juan, ensayando sus juegos de *jongleur*; á Napoleona, ejecutando algunos pasos graciosos; á Sandre, dislocándose como un ser de caoutchouc; á la señora Cascabel dedicándose á los ejercicios de fuerza y M. Cascabel á los efectos de ventriloquia, sin olvidar á Jako, que charlaba en su jaula, los dos perros, que trabajaban en conjunto, y John-Bull, que se deshacía en muecas.

Observemos, sin embargo, que Juan no descuidaba el estudiar en el camino. Leía y reeía algunos libros, que componían la pequeña biblioteca de la *Belle-Roulotte*, un poco de geografía y de aritmética, y diversas narraciones de viaje. Llevaba también el *Diario de á bordo*, donde se relataban de agradable manera los incidentes de la navegación.

—¡Llegarás á ser demasiado instruido! le decía á veces su padre. ¡Pero puesto que es tu gusto!...

Y M. Cascabel se guardaba muy bien de contrariar la afición de su primogénito. En el fondo, su mujer y él eran dichosos por contar *un sabio* en la familia.

Hacia el 27 de Febrero, después del medio día, la *Belle-Roulotte* llegó al pie de las gargantas de Sierra Nevada. Durante cuatro ó cinco días el rudo paso de la cadena iba á ocasionar grandes fatigas. Sería duro, tanto para las gentes como para las bestias, subir la pendiente hasta la mitad de la montaña. Habría necesidad de empujar las ruedas sobre los estrechos caminos que rodean los flancos de la enorme barrera.

Aunque el tiempo continuaba dulcificándose por las precoces influencias de la primavera californiana, el clima era, sin embargo, poco caluroso á ciertas horas.

Nada más temible que las lluvias torrenciales, los ventisqueros, las ráfagas desencadenadas que giran alrededor de las gargantas, donde el viento se precipita como en un embudo.

Por otro lado, la parte superior de los pasos se eleva por encima de la zona de las nieves perpetuas, y es necesario correrse lo menos á dos mil metros antes de bajar al país de los Mormones.

M. Cascabel contaba con hacer lo que

había ya hecho en semejantes ocasiones; tomaría caballos de refuerzo, que alquilaría en las villas ó granjas de la montaña, y hombres, indios ó americanos para conducirlos. Esto sería un aumento de gastos, sin duda, pero necesario, si la familia no quería comprometer sus propios caballos.

En la tarde del 27 se llegó á la entrada del paso Sonora. Los valles atravesados hasta entonces no presentaban más que desniveles de poca importancia. Vermout y Gladiador los habían subido sin demasiadas fatigas. Pero no hubieran podido ir más allá, aunque contasen con la ayuda de todo el personal.

Se hizo alto á corta distancia de una aldea perdida en el fondo de las gargantas de la Sierra.

Solamente se veían algunas casas, y á dos tiros de fusil una granja, á la que M. Cascabel resolvió dirigirse aquella misma tarde. Quería tener para el día siguiente otros caballos, que los suyos acogerían con satisfacción.

Por el momento, era necesario tomar sus medidas á fin de pasar la noche en aquel paraje.

Cuando el campamento quedó organizado según las disposiciones acostumbradas, se pusieron en relaciones con los habitantes de la aldea, que consintieron de buena gana en suministrar alimentos frescos á las gentes, y forraje á los animales.

Aquella tarde no hubo ocasión de «ensayar» los ejercicios. Todos estaban rendidos de fatiga. Jornada ruda, porque había sido necesario hacer una gran parte del camino á pie, para aliviar un poco al tiro. M. Cascabel acordó, pues, reposo completo, que sería respetado durante toda la travesía de la Sierra.

Después que M. Cascabel echó una investigadora mirada al campamento, dejando la *Belle-Roulotte* al cuidado de su mujer y sus hijos, acompañado de Clou se dirigió hacia la granja, cuyas chimeneas humeaban á través de los árboles.

Esta granja estaba habitada por un californiano y su familia, los que hicieron buen recibimiento al saltimbanqui. El granjero se apresuró á suministrarle tres caballos y dos conductores. Estos debían guiar á la *Belle-Roulotte* hasta el punto

en que se suavizan las pendientes que bajan hacia el Este; después se volverían, llevando el tiro suplementario. Solamente que esto costaría bastante.

M. Cascabel regateó, como hombre deseoso de no echar su dinero por la ventana, y, finalmente, convino en una suma que no excedía del crédito asignado á esta parte del viaje.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, los dos hombres llegaron, y los tres caballos fueron enganchados delante de Vermont y Gladiador. La *Belle-Roulotte* partió, subiendo una garganta estrecha, muy cubierta de bosques sobre sus flancos.

Dos horas después, en una vuelta del desfiladero, los maravillosos territorios de la California, que la familia dejaba, no sin alguna pena, habían desaparecido completamente detrás del macizo de la Sierra.

Los tres caballos del granjero eran sólidos animales, con los que se podría contar. ¿Sucedia lo mismo con los conductores? Parecía dudoso por lo menos. Eran dos fuertes mocetones, especie de mestizos, mitad indios, mitad ingleses... ¡Ah! Si M. Cascabel lo hubiera sabido, ¡qué prisa se hubiera dado para despedirlos!

En suma: Cornelia les encontraba de bastante mala traza. Juan participaba de la opinión de su madre, y ésta era igualmente la de Clou. M. Cascabel no parecía haber tenido buena mano al escogerlos. Después de todo, no eran más que dos, y habrían tenido que habérselas con gente dispuesta á la defensa si hubiesen abrigado la idea de atacarlos.

En cuanto á los malos encuentros de la Sierra, no eran de temer. Los caminos debían ser seguros en esta época. No estaban en los tiempos en que los mineros californianos, á los que se llamaba *loafers* y *rowdies*, se unían á los malhechores llegados de todos los rincones del mundo para maltratar á la gente honrada. La ley de Lynch había acabado por hacerles entrar en razón.

Sin embargo, como hombre prudente, M. Cascabel resolvió ponerse en guardia.

Los hombres alquilados en la granja eran ciertamente hábiles carreteros. Así, la jornada trascurrió sin accidente, y de esto se debían felicitar ante todo. Una

rueda partida, un eje roto, y los huespedes de la *Belle-Roulotte*, lejos de toda habitación, no teniendo ningún medio de reparar sus averías, se hubieran encontrado en el mayor aprieto.

El paso presentaba un aspecto extremadamente salvaje. Nada más que pinos negros, y por toda vegetación, musgos que tapizaban el suelo. Aquí y allí, enormes montones de rocas, multiplicando los rodeos, sobre todo á lo largo de uno de los afluentes del Walkner, salido del lago de este nombre, y que se precipitaba tumultuosamente al fondo de los precipicios. A lo lejos, perdido en las nubes, apuntaba el *Castle Peak*, dominando las demás cimas, pintorescamente proyectadas por la cadena de la Nevada.

Hacia las cinco de la tarde, cuando la sombra subió de las profundidades de la estrecha garganta, hubo una vuelta que dar. La rampa era tan fuerte en aquel punto, que fué necesario descargar en parte el coche y dejar detrás el cesto y la mayor parte de los objetos colocados sobre la galería superior.

Todo el mundo se puso á trabajar, y, es necesario reconocerlo, los dos conductores dieron prueba de vigor y celo en esta circunstancia. M. Cascabel y los suyos modificaron algo su primera impresión con respecto á estos hombres. Por otra parte, dentro de dos días se llegaría al punto más alto del desfiladero, y entonces no había más que bajar, volviendo el tiro de refuerzo á la granja.

Cuando se hubo escogido el sitio para acampar, y mientras que los carreteros se ocupaban de sus caballos, M. Cascabel, sus dos hijos y Clou volvieron atrás y transportaron los objetos que habían sido depositados al principio de la rampa.

Una buena cena terminó esta jornada, y sólo se pensó en descansar.

M. Cascabel ofreció á los dos conductores lugar en uno de los departamentos de la *Belle-Roulotte*; pero rehusaron, asegurando que el abrigo de los árboles les bastaría. Allí, envueltos en gruesas mantas, podrían velar más eficazmente por el tiro de su amo.

Algunos instantes después, el campamento estaba sumido en un profundo sueño.

Al día siguiente, á los primeros albos

de la mañana, todo el mundo estaba en pie.

M. Cascabel, Juan y Clou bajaron los primeros de la *Belle-Roulotte*, y se dirigieron al punto en que Gladiador y Vermout habían sido instalados la víspera.

Los dos estaban allí; pero los tres caballos del granjero habían desaparecido.

Como no podían estar lejos, Juan iba á dar orden á los conductores para que se pusieran en su busca: estos hombres no se encontraban en el campamento.

—¿Dónde estarán? dijo.

—Sin duda, respondió M. Cascabel, corren en busca de sus caballos.

—¡Ohé! .. ¡Ohé!... gritó Clou, con una voz aguda, que debía oírse á gran distancia.

No obtuvieron respuesta.

Nuevos gritos, lanzados á plenos pulmones por M. Cascabel y Juan, que volvieron pasos atrás.

Los dos conductores no parecían.

—¡Si no nos habremos engañado sobre su trazal exclamó M. Cascabel.

—¿Por qué nos habrán dejado? preguntó Juan.

—¡Porque han debido hacer algo malo!

—¿Y el qué?

—¿El qué?... ¡Esperal... ¡Vamos á saberlo!...

Y seguido de Juan y Clou, volvió corriendo á la *Belle-Roulotte*.

Franquear el estribo, abrir la puerta, atravesar los departamentos, precipitarse en el cuarto del fondo, donde había sido colocada la preciosa arca de hierro, fué obra de un instante, al cabo del cual monsieur Cascabel reapareció, gritando:

—¡Robada!

—¿El arca de hierro?... dijo Cornelia.

—¡Sí; robada por esos canallas!

IV

GRAN DETERMINACIÓN

¡Canallas!

Este era el nombre que convenia á tales bribones.

Pero la familia no estaba por eso menos robada.

Todas las tardes, M. Cascabel tenia la

costumbre de mirar si el arca estaba en su sitio.

Aún se acordaba que la víspera, después de las rudas fatigas de la jornada, cayéndose de sueño, no había hecho su acostumbrada visita. Evidentemente, mientras que Juan, Sandre y Clou habían ido con él á buscar los objetos abandonados á la vuelta del paso, los dos conductores, después de haber penetrado, sin ser vistos, hasta el último departamento, se apoderaron del arca y la habían ocultado bajo algunas malezas en el límite del campamento. He aquí por qué rehusaron pasar la noche en el interior de la *Belle-Roulotte*. Después, habrían esperado que toda la familia se durmiese y habían huido con los caballos del granjero.

De todas las economías de la *troupe* no quedaba nada, excepto algunos dollars que M. Cascabel tenia en su bolsillo. ¡Y aún podían darse por contentos de que aquellos infames no se hubieran llevado á Vermont y Gladiador!

Los perros, después de veinticuatro horas, ya acostumbrados á la presencia de los dos hombres, no habían dado aviso, y el robo se había verificado sin dificultad.

¿Dónde encontrar á los ladrones, ahora que se habrían internado á través de la Sierra?...

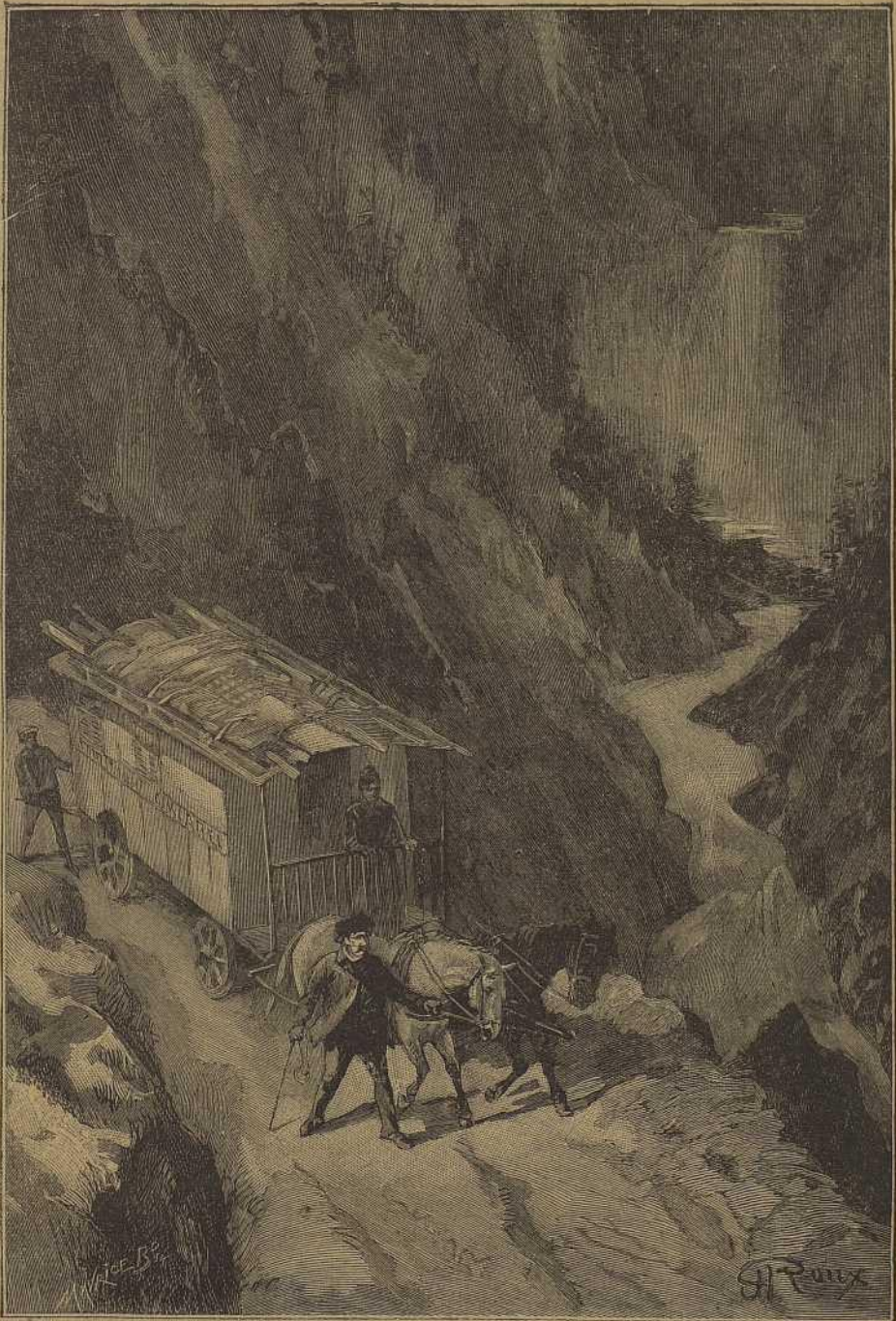
¿Dónde encontrar el dinero?... Y sin este dinero, ¿cómo atravesar el Atlántico?

La desesperación de la familia se traducía por las lágrimas de los unos y por el furor de los otros. Al pronto, M. Cascabel fué presa de un verdadero acceso de rabia, y su mujer y sus hijos tuvieron bastante que hacer para calmarle. Pero, después de haberse abandonado á su cólera, volvió á ser dueño de sí mismo, como hombre que no debe perder el tiempo en vanas recriminaciones.

—¡Maldito cofre! no pudo menos de decir Cornelia en medio de sus lágrimas.

—Es cierto, dijo Juan, que si no hubiéramos tenido el arca, nuestro dinero...

—¡Sí... bonita idea la que tuve al comprar esa endiablada caja! exclamó M. Cascabel. Decididamente, cuando se tiene un cofre, lo más prudente es no guardar nada en él. ¡Valiente ventaja que sea á prueba de fuego, como me decía el comerciante, desde el momento en que no está hecho á prueba de ladrones!



EL COCHE COMENZÓ A BAJAR EL DESFILADERO DE LA SIERRA

Preciso es reconocerlo; era un golpe muy rudo para la familia, y no se debe extrañar que por él estuviese agobiada. ¡Robados los dos mil dollars, ganados á fuerza de tantos trabajos!

—¿Qué hacer? dijo Juau.

—¿Qué hacer? respondió M. Cascabel, cuyos dientes apretados parecían mascar las palabras. ¡Es muy sencillo!... ¡Extraordinariamente sencillo!... Sin caballos de refuerzo, no podemos continuar subiendo el paso... ¡Pues bien! Propongo que volvamos á la granja... Puede ser que estén allí esos infames...

—¡A menos que no hayan vuelto! replicó Clou de Girofle.

Y, en efecto, esto era más que probable. Sin embargo, como repetía M. Cascabel, no había otro camino que tomar que el de volverse atrás, puesto que no podían seguir adelante.

Vermout y Gladiador fueron, pues, enganchados, y el coche empezó á bajar el desfiladero de la Sierra.

Esto fué sumamente fácil. Se va de prisa cuando no hay más que bajar pendientes; pero marchaban con las orejas bajas, en silencio, sólo interrumpido por los juramentos que de cuando en cuando se escapaban de los labios de M. Cascabel.

Al medio día la *Belle-Roulotte* se detuvo delante de la granja. Los dos ladrones no habían vuelto. Enterado de lo que había pasado, el granjero montó en cólera, pero no se inquietó gran cosa por lo ocurrido á la familia.

Si les habían robado su dinero, á él le habían robado sus tres caballos. Después de haberse escapado á la montaña, los malhechores debían haberse dirigido al otro lado del paso. ¡Vaya usted á correr tras de ellos! Y el granjero no estaba muy lejos de querer hacer responsable á monsieur Cascabel del robo de sus caballerías.

—¡Esto sí que es fuerte! dijo éste. ¿Por qué tenéis semejantes criminales á vuestro servicio, y por qué los alquiláis á la gente honrada?

—¿Acaso lo sabía? respondió el granjero. ¡Jamás había tenido queja de ellos!... Venían de la Columbia Inglesa...

—¿Eran ingleses?

—Sin duda.

—¡En ese caso, se previene á la gente,

señor mío, se la previene! gritó M. Cascabel.

Sea como quiera, el robo se había cometido y la situación era extremadamente grave.

Pero si Mad. Cascabel no llegaba á hacerse superior á su disgusto, su marido, con aquel fondo de filosofía ambulante que le era peculiar, acabó por recobrar su sangre fría.

Y cuando estuvieron reunidos en la *Belle-Roulotte* se suscitó una conversación de la mayor importancia, de la que iba á salir una gran determinación, como dijo M. Cascabel recalcando las *rr*.

—Muchachos, dijo, hay en la vida circunstancias en las que un hombre resuelto debe saber decidirse... He observado también que estas circunstancias son generalmente desagradables... Tales son las en que nos encontramos por la hazaña de esos malhechores... ¡Ingleses, *Englishmen!*... Se trata, pues, de no ir por cuatro caminos, tanto más cuanto que no los hay... ¡No hay más que uno, y es el que vamos á tomar!

—¿Cuál? preguntó Sandre.

—Os haré ahora mismo conocer el proyecto que se me ha pasado por la imaginación, respondió M. Cascabel. Pero, para saber si puede realizarse, es necesario que Juan me traiga sus mapas...

—¿Mi atlas? dijo Juan.

—¡Sí, tu atlas! ¡Debes estar muy fuerte en geografía!... Ve á buscar tu atlas.

—Al instante, padre.

Y cuando el atlas quedó extendido sobre la mesa, M. Cascabel volvió á hablar en estos términos:

—Es bastante notorio, hijos míos, que estos picaros ingleses—¡cómo no habré adivinado que lo eran!—nos han robado nuestro cofre; ¡por qué habré tenido la idea de comprarle! Es bien notorio, digo, que no renunciemos á nuestra idea de volver á Europa...

—¿Renunciar?... ¡Jamás! exclamó madama Cascabel.

—¡Bien respondido, Cornelia! ¡Queremos volver á Europa, y volveremos! ¡Queremos volver [á ver] Francia, y la volveremos á ver! No porque esos tunantes nos hayan despojado... Me es necesario el aire del país, ó moriré.

—¡Y yo no quiero que mueras, César!

Hemos partido para Europa... Pues bien, llegaremos á ella...

—¿Y de qué modo? preguntó Juan, insistiendo. ¡Sí! ¿De qué modo?

—En efecto, ¿de qué modo?... respondió M. Cascabel, que se rascaba la frente. Seguramente, dando representaciones por el camino, llegaríamos á ganar, un día con otro, lo suficiente para conducir la *Belle-Roulotte* hasta Nueva York... Pero una vez allí, faltaría la suma necesaria para pagar su transporte en el *paquebot*!... ¡Y sin el *paquebot* no es posible atravesar el mar de otra manera que á nado!... ¡Y como me parece que esto sería bastante difícil!

—Muy difícil, señor patrón, respondió Clou de Girofle... á no tener aletas...

—¿Las tienes tú?

—No lo creo.

—Pues bien, cállate y escucha.

Después, dirigiéndose á su primogénito:

—Juan, abre tu atlas, y enséñanos sobre la carta el punto donde estamos.

Juan buscó el mapa de la América septentrional, y la colocó ante los ojos de su padre. Todos le miraron, mientras que él indicaba con el dedo un punto de la Sierra Nevada, situado un poco más al Este de Sacramento.

—He aquí el sitio, dijo.

—Bien, respondió M. Cascabel. ¿De modo que, después de haber pasado al otro lado de la montaña, tendríamos que atravesar todo el territorio de los Estados Unidos hasta Nueva York?

—Sí, padre.

—¿Y cuántas leguas hay?

—Mil trescientas próximamente.

—Bueno. ¿En seguida es necesario franquear el Océano?

—Sin duda.

—¿Cuántas leguas tiene este Océano?

—Cerca de novecientas hasta Europa.

—¿Y una vez llegados á Francia, vale tanto como decir que estamos en nuestra Normandía?

—¡Como si lo dijéramos!

—¿Y todo suma?...

—¡Dos mil doscientas leguas! exclamó la pequeña Napoleona, que había contado por los dedos.

—¡Miren la chiquilla! dijo M. Cascabel. Ya sabe aritmética. ¿Decimos dos mil doscientas leguas?

—Próximamente, padre, y creo que he medido bien, respondió Juan.

—Pues bien, muchachos, esta *longaniza* no sería nada para la *Belle-Roulotte* si no se encontrase un maldito mar que la cierra el camino. Y este mar no se le puede pasar sin dinero, es decir, sin *paquebot*...

—O sin nadaderas, repitió Clou.

—¡Vuelta á lo mismo! respondió M. Cascabel encogiéndose de hombros.

—Es, pues, evidente, respondió Juan, que no podemos ir por el Este...

—Es imposible como dices, hijo mío: ¡absolutamente imposible! Pero... ¿puede ser por el Oeste?...

—¿Por el Oeste?... exclamó Juan mirando á su padre.

—¡Sí!... Mira ahí, y enséñanos por dónde sería preciso tomar para ir por el Oeste.

—Sería necesario primeramente subir á través de la California, el Oregón y el territorio de Washington hasta la frontera de los Estados Unidos.

—¿Y después?...

—¿Después?... Está la Columbia Inglesa...

—¡Pouah!... hizo M. Cascabel. ¿Y no habría medio de evitar esta Columbia?...

—No, padre.

—Pasemos. ¿Y después?

—Una vez llegados á la frontera por el Norte de Columbia, encontraríamos la península de Alaska...

—¿Que es inglesa?...

—No, rusa; por lo menos hasta ahora, porque se trata de anexionarla...

—¿A Inglaterra?

—No. A los Estados Unidos.

—Perfectamente. Y después de Alaska, ¿qué hay?

—Hay el Estrecho de Behring, que separa los dos continentes, la América del Asia.

—¿Y cuántas leguas hay desde el punto en que nos encontramos hasta ese estrecho?

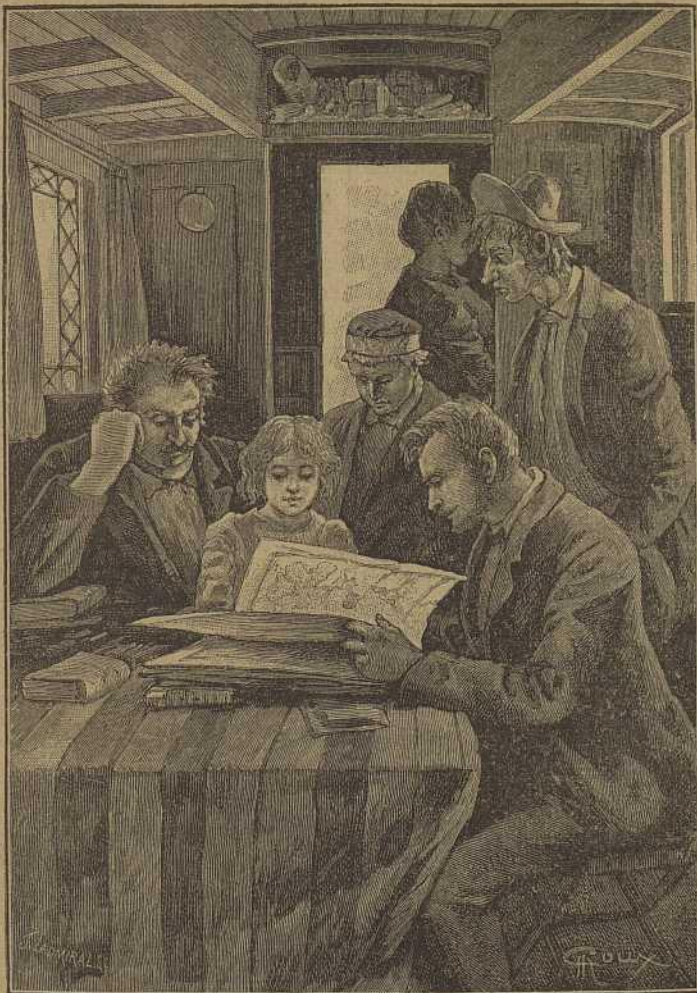
—Mil cien leguas.

—Acuérdate bien, Napoleona, y sumará en seguida.

—¿Y yo? preguntó Sandre.

—Tú también.

—Ahora, Juan, ¿qué ancho viene á tener el Estrecho?



Sería necesario subir á través de la California.

—Veinte leguas, padre.

—¡Oh! ¡Veinte leguas!... exclamó madama Cascabel.

—Un arroyo, Cornelia, como si dijéramos, un arroyo.

—¡Cómo!... ¿Un arroyo?...

—¡Sí! Dime, Juan: ¿no está helado en el invierno ese Estrecho de Behring?

—Sí, padre. Durante cuatro ó cinco meses está completamente congelado.

—¡Bravo! ¿Se puede entonces marchar sobre el hielo?

—Se puede y se hace.

—¡Ah! ¡Excelente Estrecho!

—Pero, preguntó Cornelia, ¿no hay más mar que atravesar?

—No. De allí el continente asiático se extiende hasta la Rusia Europea.

—Muéstranoslo, Juan.

Y Juan buscó en su atlas la carta general de Asia, que M. Cascabel examinó.

—¡Bah! Todo se arregla á medida de nuestro deseo, dijo, si no hay países salvajes en demasía en tu Asia.

—No los hay, padre.

—¿Y dónde está Europa?

—Aquí, respondió Juan, apoyando su dedo sobre la frontera del Oural.

—¿Y qué distancia hay desde este estrecho... este arroyo de Behring... hasta la Rusia Europea?

—Se cuentan mil seiscientas leguas.

—¿Y hasta Francia?

—Cerca de otras seiscientas.

—¿Y todo esto suma desde Sacramento?...

—¡Tres mil trescientas veinte leguas! exclamaron á la vez Sandre y Napoleona.

—¡Un buen punto para cada uno! dijo M. Cascabel. ¿Entonces, por el Este, dos mil doscientas leguas?...

—Sí, padre.

—¿Y por el Oeste tres mil trescientas próximamente?

—Sí, ó sean mil cien leguas de diferencia...

—¡De diferencia en más por el Oeste, respondió M. Cascabel, pero sin mar en el camino! Por lo tanto, muchachos, cuando no se puede ir por un lado, es necesario ir por el otro, y esto es lo que os propongo sencillamente.

—¿El qué?... ¡Un viaje hacia atrás! exclamó Sandre.

—No, hacia atrás, no.. Un viaje en sentido inverso.

—Muy bien, padre, respondió Juan. Sin embargo, te diré que, vista la longitud del camino, jamás podremos llegar este año á Francia, si vamos por el Oeste.

—¿Y por qué?

—Porque mil cien leguas de más es algo para nuestra *Belle-Roulotte* y su tiro...

—Pues bien, muchachos; si no estamos en Europa este año, estaremos en ella el año que viene. Y pienso, puesto que tendremos que atravesar la Rusia, donde están las ferias de Perm, de Kazan, de Nijni, de las que tanto he oído hablar, que nos detengamos, y os prometo que la célebre familia de los Cascabeles hará en ellas muy buen papel, y también muy buenos cuartos.

¿Qué objeciones se pueden hacer á un hombre cuando tiene respuesta para todo?

Sucede con el alma lo que con el hierro. Bajo los golpes repetidos se contrae, se forja, se hace más resistente. Y ese era precisamente el efecto que se producía en estos bravos saltimbanquis. Durante aquella penosa existencia, nómada y aventurera, en que habían soportado tantas pruebas, jamás, sin duda, se habían encontrado en peores circunstancias: perdidas sus economías, hecha imposible la vuelta al país por las vías ordinarias.

Pero este último martillazo fué tan rudamente asestado por la mala suerte, que se sentían con la fuerza necesaria para desafiarlo todo en el porvenir.

Mad. Cascabel, sus dos hijos y su hija aplaudieron, pues, la proposición de su padre. Y sin embargo, era verdaderamente insensata, y se necesitaba que M. Cascabel estuviera singularmente «empeñado» en su deseo de volver á Europa. ¡Bah! ¿Qué era tener que atravesar el Oeste de América y la Siberia Asiática desde el momento en que se dirigían á Francia?

—¡Bravo!... ¡Bravo!... exclamó Napoleona.

—¡Y *bis!*... ¡*bis!*... añadió Sandre, que no encontró palabra más significativa para expresar su entusiasmo.

—Dime, padre, preguntó Napoleona: ¿veremos al emperador de Rusia?

—Ciertamente, si S. M. el Zar tiene costumbre de ir á divertirse á la feria de Nidji.

—¿Y trabajaremos delante de él?

—Sí, por poco que lo desee.

—¡Ah! ¡Cómo me gustará besarle en los dos carrillos!

—Puede ser que debas contentarte con uno, niñita, replicó M. Cascabel. Pero si le besas, ten cuidado de no aplastar su corona.

En cuanto á Clou de Giroffe, grande era la admiración que experimentaba por el genio de su patrón y amo.

Quedó, pues, decidido que la *Belle-Roulotte* caminaría á través de la California, el Oregon y el territorio de Washington hasta la frontera anglo-americana.

Quedaban cincuenta dollars próximamente, el dinero del bolsillo, que, por fortuna, no había sido depositado en el arca de hierro. Sin embargo, como tan débil suma no podría bastar para los gastos cotidianos del viaje, se convino en que la compañía daría representaciones en las villas y pueblecillos del tránsito.

En efecto, no había que preocuparse por el retraso que estos altos ocasionaran. ¿No sería necesario esperar á que el Estrecho estuviera helado en toda su superficie para abrir paso al vehículo? Esto no podía ser antes de siete ú ocho meses.

—Y el diablo ha de andar en ello, dijo M. Cascabel para concluir, si no nos metemos en el bolsillo algunas buenas coleccionadas antes de llegar al límite de la América.

Verdad es que en toda la parte superior de Alaska «el hacer dinero» en medio de las tribus errantes de los indios, era muy

problemático. Pero hasta la frontera occidental de los Estados Unidos, en aquella parte del Nuevo Continente que no había visitado todavía la familia Casabel, no cabía duda que el público se apresuraría á acogerla como se merecía, nada más que por su reputación.

También era verdad que al otro lado se encontraría la Colombia Inglesa; y aunque las villas fuesen en ella numerosas, ¡jamás, no, jamás! M. Casabel se rebajaría á postular *schillings* ó *pences*. ¡Ya era bastante, era ya demasiado el que la *Belle-Roulotte* y su personal se viesan obligados á pisar durante más de doscientas leguas el suelo de una colonia británica!

En cuanto á la Siberia Asiática, con sus largas estepas desiertas, apenas encontrarían algunos de esos pueblecillos samoiedos ó *tchouktchis*, que casi nunca abandonan las regiones del litoral. Allí, ninguna entrada en perspectiva, no había duda. ¡Ya lo experimentarían cuando estuvieran allí!

Todo estaba convenido; M. Casabel decidió que la *Belle-Roulotte* partiera al día siguiente al amanecer.

Entretanto, se trataba de cenar. Cornelia puso manos á la obra con su disparpajo acostumbrado, y mientras que guisaba, ayudada por Clou de Giroffe, dijo:

—Es una buena idea la que ha tenido M. Casabel.

—Sí, patrona, buena idea, como todas las que se cuecen en su cacerola; quiero decir, en su cerebro...

—Y después, Clou, sin mar que atravesar en esa dirección... y sin el mareo...

—¡A menos que... no haya balanceos de hielo en el Estrecho!

—Basta, Clou; nada de malos presagios.

Entretanto, Sandre ejecutaba algunos saltos mortales que arrebatában á su padre. Y por su lado, Napoleona danzaba graciosamente, mientras que los perros saltaban cerca de ella.

Era necesario ponerse en juego, en vista de que las representaciones iban nuevamente á dar principio.

De pronto, Sandre exclamó:

—¿Y las bestias, á las que no hemos consultado para nuestro gran viaje?

Corrió en seguida á Vermont:

—Y bien, mi viejo jaco: ¿te conviene un trote de tres mil leguas?

Después, dirigiéndose á Gladiador:

—¿Qué es lo que van á decir tus viejas piernas?

Los dos caballos relincharon á un tiempo, para dar su aquiescencia.

Volviéndose entonces á los perros:

—¡Y tú, Wagram, y tú, Marengo, replicó Sandre, vais á daros buenas carreras!

Ladridos cariñosos, que fueron acompañados de algunos saltos significativos. No cabía duda: Wagram y Marengo darían la vuelta al mundo á una señal de su amo.

Se presentó al mono para darle el aviso.

—¡Veamos, John-Bull! exclamó Sandre: ¡no tomes ese aire tan abatido! Vas á ver tierra. Y si tienes frío, se te pondrá una casaca bien forrada. ¿Y tus muecas? Creo que no las habrás olvidado.

No, John Bull no las había olvidado; y las hizo tan graciosas, que provocó la hilaridad general.

Quedaba el papagayo.

Sandre le hizo salir de su jaula, y el pájaro se paseó, moviendo la cabeza y balanceándose sobre sus patas.

—Y bien, Jako, preguntó Sandre, ¿no me respondes?... ¿Es que has perdido la lengua? ¡Vamos á hacer un buen viaje, muy bonito! ¿Estás contento, Jako?

Jako sacó del fondo de su garganta una serie de sonidos articulados en que las *rr* se notaban como si fueran arrojadas por la poderosa laringe de M. Casabel.

—¡Bravo! exclamó Sandre. ¡Jako está satisfecho! ¡Jako lo aprueba!... ¡Jako ha dicho que sí!...

Y el muchacho, cabeza abajo, los pies al aire, entabló una serie de volteretas y contorsiones que le valieron los bravos paternales.

En aquel momento apareció Cornelia.

—¡A la mesa! exclamó.

Un instante después, los comensales estaban sentados á la mesa, y la comida fué devorada hasta la última migaja.

Parecía que todo se había olvidado ya, cuando Clou volvió á la conversación sobre la famosa arca de hierro, diciendo:

—Y ahora que lo pienso, señor patrón, ¡vaya un chasco que se van á llevar esos tunantes!

—¿Y por qué? preguntó Juan.



—Sí, patrona, buena idea

—Puesto que no conocen la palabra, no podrán jamás abrir el cofre.

—¡Por eso no dudo que me lo devuelvan! respondió M. Cascabel riéndose estrepitosamente.

Y aquel hombre extraordinario, entregado por completo á su nuevo proyecto, había olvidado ya el robo y los ladrones.

V

¡EN MARCHA!

Si, en marcha para Europa; pero esta vez siguiendo un itinerario generalmente poco adoptado, y que no es oportuno recomendar á los viajeros que llevan prisa.

—Y sin embargo, nosotros estamos apremiados, decía M. Cascabel, sobre todo por la falta de dinero.

La partida se efectuó en la mañana del 2 de Marzo. Al amanecer, Vermout y Gladiador fueron enganchados á la *Belle-Roulotte*. Mad. Cascabel subió con Napoleona, dejando ir á pie á su marido y sus dos hijos, mientras que Clou manejaba las riendas. En cuanto á John-Bull, se había encaramado en la galería, y los dos perros iban de descubierta.

Hacia buen tiempo. La nueva estación hinchaba de savia las primeras yemas de los arbustos. La primavera preludiaba todas las magnificencias que se desarrollan con profusión en medio de los horizontes californianos. Los pájaros cantaban bajo

el verdor de los árboles de hoja perenne, las encinas, los robles, los pinos, cuyas esbeltas cimas se balanceaban por encima de los arbustos. Los castaños enanos se agrupaban acá y allá, como también algunos grupos de manzanos, cuyo fruto, bajo el nombre de manzanilla, sirve para la fabricación de la sidra india.

Confrontando sobre la carta el itinerario convenido, Juan no olvidaba que era el más particularmente encargado de proveer de caza fresca la cocina. Por otra parte, *Marengo* no le hubiera dejado olvidarse de ello. Buen cazador y buen perro, están hechos para entenderse. Jamás se comprenden mejor que cuando la caza abunda, y en este caso se hallaban. Raro era que Mad. Cascabel no tuviese para condimentar una liebre, una perdiz muñuda, un faisán ó algún par de codornices de montaña, de elegantes penachos, cuya carne perfumada es un manjar excelente.

Subiendo hasta el Estrecho de Behring, si la caza continuaba siendo tan productiva á través de las planicies de Alaska, la familia no tendría que hacer mucho gasto para asegurar su alimento cotidiano. ¿Sería posible que más allá, en el continente asiático, fuesen menos favorecidos? Pero ya verían lo que había que hacer cuando la *Belle-Roulotte* entrase en las interminables estepas del país de los tchouktchis.

Todo marchaba á pedir de boca. M. Cascabel no era hombre que despreciase las circunstancias favorables de tiempo y de temperatura que entonces se les ofrecían. Se iba tan de prisa como lo permitía el tiro, aprovechando los caminos que las lluvias estivales harían impracticables algunos meses después. Andaban, por término medio, de siete á ocho leguas cada veinticuatro horas, con un descanso al mediodía para la comida y el reposo, y otro á las seis de la tarde para el campamento de noche.

La comarca no estaba desierta, como pudiera creerse. Los trabajos del campo llamaban ya á los cultivadores, á los que este rico y generoso suelo procura un bienestar que sería envidiado en cualquier otra parte del mundo. Y además, frecuentemente se encontraban granjas, aldeas, pueblos, pueblecillos y hasta villas, sobre todo cuando la *Belle-Roulotte* seguía la

ribera izquierda del Sacramento á través de esta región, que fué el país del oro por excelencia, y al cual ha quedado el nombre significativo de *Eldorado*.

La familia, conforme al programa de su jefe, daba algunas representaciones siempre que la ocasión se presentaba para utilizar su talento. No era todavía conocido en esta parte de la California; y ¿no hay en todas partes buena gente que quiere divertirse? En Placerville, Aubury, Marysville, Tehama y otras ciudades más ó menos importantes, cansadas ya del eterno Circo americano que las visita de cuando en cuando, los Cascabeles recogieron tantos aplausos como centavos, cuyo total se cifró en algunas docenas de dollars. La gracia y valentía de Mlle. Napoleona, la extraordinaria agilidad de M. Sandre, la destreza maravillosa de M. Juan en sus ejercicios de *jongleur*, las boberías y necedades de Clou de Giroffe, fueron apreciadas como se merecían por los inteligentes. Hasta los dos perros hicieron maravillas, en compañía de John-Bull. En cuanto á M. y Mad. Cascabel, se mostraron dignos de su renombre, el uno en los trabajos de fuerza, la otra en las luchas de pugilato, en las que derribó á los aficionados que tuvieron á bien presentarse.

Con fecha 12 de Marzo, la *Belle-Roulotte* había llegado á la pequeña villa de Shasta, que la montaña de este nombre domina á catorce mil pies de altura. Hacia el Oeste se dibujaba confusamente la maciza mole de los *Coast-Ranges*, que afortunadamente no sería necesario franquear para llegar á la frontera del Oregón.

Pero el país se presentaba muy quebrado; era necesario circular por entre las caprichosas ramificaciones que se proyectan hacia el Este; y sobre aquellos caminos apenas trazados, que se escogían según las indicaciones de la carta, el coche no podía marchar rápidamente. Además, los pueblos eran escasos. Seguramente habría valido más caminar á través de los territorios del litoral, menos sembrados de obstáculos naturales; pero para eso hubieran tenido que ir más allá de los *Coast-Ranges*, cuyos pasos son, por decirlo así, impracticables. Pareció, pues, más prudente subir hacia el Norte, á fin de no rodear las últimas vertientes que hay en el límite del Oregón.

Tal fué el consejo dado por Juan, el geógrafo de la Compañía, y todos se conformaron con él.

El 19 de Marzo, después de haber dejado atrás el fuerte Jones, la *Belle-Roulotte* se paró delante de la pequeña villa de Irica. Allí tuvieron buena acogida, que les permitió guardar algunos dollars. Era el primer *debut* de una compañía francesa en aquel país. ¿Qué queréis? En estas lejanas comarcas de América se ama á los hijos de Francia. Son siempre recibidos con los brazos abiertos, y mejor seguramente que lo serian entre sus vecinos de Europa.

En este pueblecillo pudieron alquilar, á un precio moderado, algunos caballos que vinieron en ayuda de Vermont y Gladiador.

La *Belle-Roulotte* pudo así franquear la cadena al pie de su punta septentrional, y esta vez sin haber sido robada por los conductores.

—¡Pardiez! dijo M. Cascabel. ¡No eran ingleses, que yo sepa!

Si este viaje no estuvo exento de dificultades ni de algunos retrasos, por lo menos se hizo sin accidentes, gracias á las medidas de prudencia que se tomaron.

Por último, el 27 de Marzo, después de haber hecho un trayecto próximamente de cuatrocientos kilómetros desde Sierra Nevada, la *Belle-Roulotte* franqueó la frontera del territorio del Oregón.

La llanura estaba dominada al Este por el monte Pitt, que se destaca como una aguja en la superficie de un cuadrante solar. Personas y bestias habian trabajado rudamente. Hubo necesidad de tomar algún descanso en Jacksonville. Después, una vez atravesado el río Roques, el camino se hizo costeano las *meandras* ó revueltas de un litoral que se alejaba hasta perderse de vista hacia el Norte.

País rico, pero todavía montañoso, y muy á propósito para la agricultura. Por todas partes praderas y bosques. En suma, la continuación de la región californiana. Acá y allá grupos de indios Sastos ó Umpaques, que recorren la campiña. No había nada que temer por su parte.

Entonces Juan, que leía asiduamente los libros de viaje de la pequeña biblioteca—porque contaba con que le servirían de provecho sus lecturas,—juzgó muy á

propósito hacer una recomendación, que pareció oportuno tener en cuenta.

Estaban á algunas leguas al Norte de Jacksonville, en medio de una comarca cubierta de grandes bosques, que defiende el fuerte Lane, construido sobre una colina, á dos mil pies de altura.

—Será necesario prestar atención, dijo Juan, porque las serpientes pululan en el país.

—¡Serpientes! exclamó Napoleona dando un grito de miedo. ¡Serpientes!... ¡Vámonos, padre!

—Calma, niña, respondió M. Cascabel; saldremos del paso tomando algunas precauciones.

—¿Y esos bichos son peligrosos? preguntó Cornelia.

—Muy peligrosos, madre, respondió Juan. Son crótalos, serpientes de cascabel, las más venenosas de todas. Si las evitáis, no os atacan; pero si las tocáis, si las tropezáis por casualidad, se revuelven, se lanzan, muerden, y sus mordeduras son casi siempre mortales.

—¿Y dónde se encuentran? preguntó Sandre.

—Bajo las hojas secas, donde no se las puede ver, respondió Juan. Sin embargo, como dejan oír un ruido parecido al de cascabeles, agitando los anillos de su cola, se tiene tiempo de evitarlas.

—Pues bien, dijo M. Cascabel, marchemos con cuidado y agucemos los oídos.

Juan había tenido razón en hacer notar esto, porque las serpientes abundan mucho en los distritos del Oeste de América. Y no solamente los crótalos pululan allí, sino también las tarántulas, casi tan peligrosas como aquéllas.

Inútil es decir que se prestó gran atención, y que cada cual tomó sus precauciones al andar. Además, había que velar por los caballos y demás animales de la *troupe*, no menos expuestos que sus amos á los ataques de los insectos y reptiles.

Por otra parte, Juan había creído oportuno añadir que aquellas malditas serpientes y tarántulas tenían la deplorable costumbre de introducirse en las casas, y sin duda no respetarían tampoco los carruajes. Era, pues, de temer que la *Belle-Roulotte* recibiese su desagradable visita.

Por esto, llegada la noche, ¡con qué cuidado se buscaba debajo de las camas,

debajo de los muebles, en los rincones y escondrijos! Napoleona daba gritos agudos cuando creía percibir uno de aquellos peligrosos animales; tomaba por un cóctalo cualquier rollo de cnerda, aunque no presentara cabeza triangular. ¡Y qué sustos experimentaba cuando, medio dormida, creía oír ruido de cascabeles en el fondo del departamento! Preciso es decir que Cornelia no estaba menos asustada que su hija.

—¡Al diablo, exclamó un día su marido impacientado, al diablo las serpientes que dan miedo á las mujeres, y las mujeres que se asustan de las serpientes! Nuestra madre Eva era más valiente, y hasta hablaba familiarmente con ellas.

—¡Oh!... ¡Eso era en el Paraíso! respondió la niña.

—Y no es eso lo mejor que hizo... añadió M. Cascabel.

También Clou tenía en qué ocuparse durante la noche. Se le había ocurrido encender grandes fuegos, para los cuales el bosque suministraba el combustible necesario; pero Juan le dijo que, si bien el resplandor de la hoguera dispersaba las serpientes, corría el riesgo de atraer á las tarántulas.

En resumen, la familia no estaba verdaderamente tranquila más que en algunos pueblecillos en que la *Belle-Roulotte* pasaba la noche; allí el peligro era infinitamente menor.

Además, los pueblos no estaban muy lejos unos de otros, tales como Canonville, sobre el Cow-creak, Roseburg, Rochester, Yoncalla, en los que M. Cascabel embolsó todavía algunas colectas. En fin, ganaba más que gastaba, pues la pradera le procuraba hierba para sus caballos, el bosque la caza para su sustento, los ríos excelentes peces para su mesa, y el viaje no costaba nada. Así es que su peculio iba creciendo. Pero ¡ay! ¡estaban tan lejos de los dos mil dollars robados en los pasos de Sierra Nevada!...

Sin embargo, si la Compañía había escapado á las mordeduras de los cóctalos y de las tarántulas, fué para ser atormentada de otra manera. Esto sucedió algunos días después. ¡Tantos y tan diversos medios ha imaginado la generosa naturaleza para condenación de los pobres mortales en este mísero mundo!

Subiendo el vehiculo siempre á través de los territorios del Oregón, acababa de pasar la Eugene-City. Este nombre le habia producido gran alegría, porque indicaba perfectamente su origen francés. M. Cascabel hubiera querido conocer á este compatriota, á este *Eugenio*, que era sin duda uno de los fundadores de dicho pueblecillo; debía ser un buen hombre, y si su nombre no figuraba entre los de los modernos reyes de Francia, los *Carlos*, los *Luis*, los *Franciscos*, los *Enriques*, los *Felipes*... y los *Napoleones*, no por eso dejaba de ser francés, y muy francés.

Después de haber hecho alto en las villas de Harrisburg, de Albany, de Jefferson, la *Belle-Roulette* echó ancla delante de Salem, ciudad bastante importante, capital del Oregón, construida sobre una de las riberas del Villamette.

Estaban á 13 de Abril.

Allí M. Cascabel dió veinticuatro horas de descanso á su personal—á lo menos como viajeros—porque la plaza pública del pueblo sirvió de teatro á sus artistas, y una bonita entrada les recompensó de sus fatigas.

Entretanto, habiendo sabido Juan y Sandre que el río era muy abundante en pescados, se fueron á divertir, entregándose al placer de la pesca.

Pero á la noche siguiente, padre, madre é hijos experimentaron tal picazón en todo su cuerpo, que dudaron si serian victimas de alguna broma, como las que se dan todavía en las bodas de lugar.

¡Y cuál no fué su sorpresa cuando por la mañana se miraron unos á otros!...

—¡Yo estoy roja como una india del Far-West! gritó Cornelia.

—¡Y yo hinchada como una vejigal exclamó Napoleona.

—¡Y yo cubierto de granos de la cabeza á los pies! exclamó Clou de Girofle.

—¿Qué significa esto? añadió M. Cascabel. ¿Es que hay peste en el país?

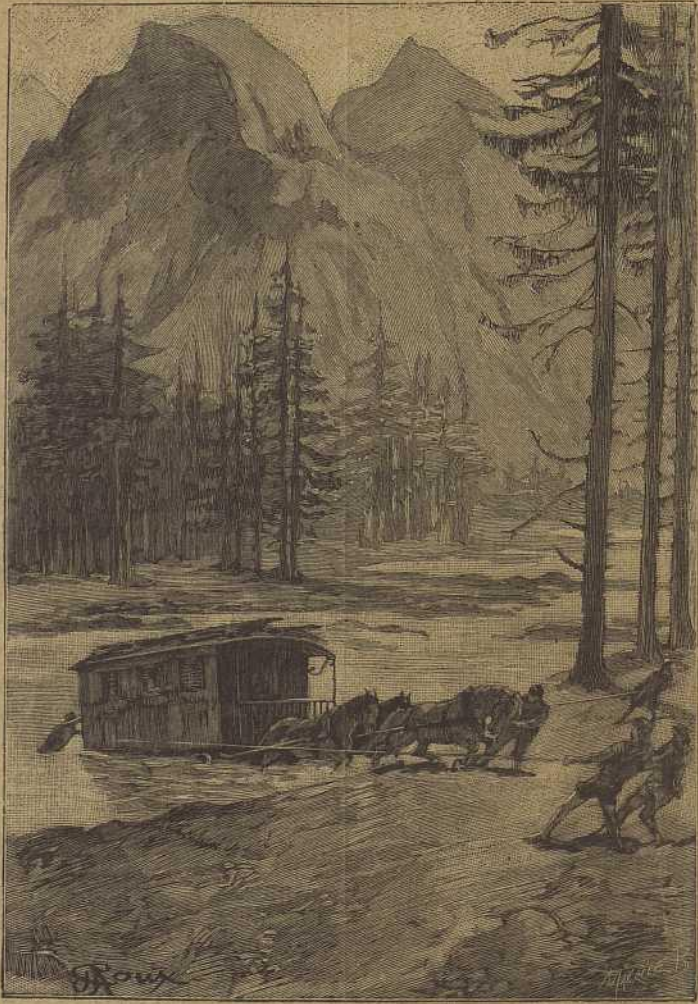
—Creo saber lo que es, respondió Juan, examinando sus brazos, rayados de color rojo.

—¿Y qué es?

—Hemos cogido la *yedre*, como dicen los americanos.

—¡Que el diablo cargue con tu *yedre* ¡Veamos! ¡Nos dirás lo que significa?

—La *yedre*, padre mío, es una planta



La *Belle-Roulotte* atravesó el río Roques.

que basta oler, tocar, tan solo mirar, para sufrir toda clase de incomodidades. Os envenena á distancia...

—¡Cómo...! ¡Estamos envenenados! replicó M. Cascabel. ¡Envenenados!...

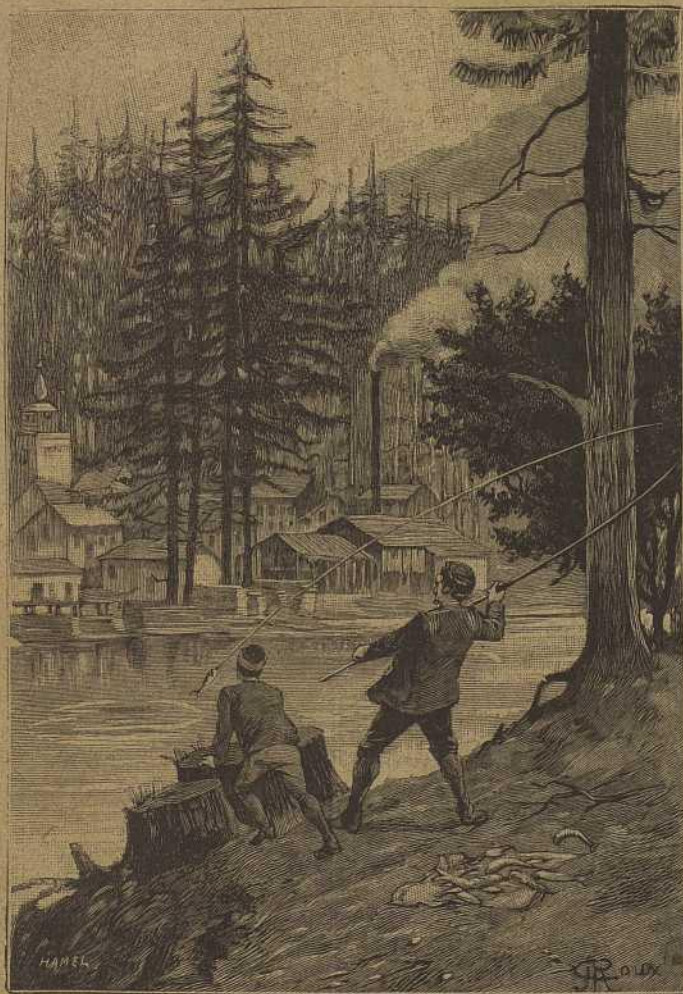
—¡Oh! No temáis nada, se apresuró á responder Juan. Saldremos del paso sólo con algunas picazones y quizá un poco de fiebre.

La explicación era exacta. Esta *yedre* es una planta malsana, extremadamente venenosa. Cuando el viento está cargado de la semilla casi impalpable de este arbusto, si la piel está solamente rozada, se enrojece, se cubre de granos, se mancha con rosetones. Sin duda mientras que el coche marchaba á través de los bosques, en los alrededores de Salem, M. Cascabel

y los suyos habían sido cogidos al paso por una corriente de *yedre*. En suma, la erupción que todos tuvieron que sufrir no duró más que veinticuatro horas, durante las cuales se vieron obligados á rascarse sin descanso, haciendo competencia á John Bull, que se entregaba sin interrupción á esta faena.

El día 5 de Abril la *Belle-Roulotte* dejó á Salem, no sin guardar un picante recuerdo de las dos horas pasadas en los bosques de *Villamette*. Bonito nombre de río, y que sonaba muy bien á los oídos franceses.

El 7 de Abril, pasando por *Fairfield*, por *Canemah*, por *Oregon-City*, por *Portland*, villas importantes, la familia alcanzó, sin otros incidentes, la frontera de



Juan y Sandre entregáronse al placer de la pesca.

la Columbia, en el límite del Estado del Oregón, que había sido recorrido en un trayecto de ciento quince leguas.

En dirección del Norte se extendía el territorio de Washington, montuoso en la parte situada al oriente del itinerario seguido por la *Belle-Roulotte* para ganar el estrecho de Behring. Allí se desarrollaban las ramificaciones de la cadena conocida con la denominación de *Cascades-Ranges*, con picos tales como el de *Santa Elena*, de nueve mil setecientos pies de altura, y el del monte *Baker* y el de *Bainier*, de once mil pies. Parece que la naturaleza, después de haberse gastado en largas llanuras desde el litoral del Atlántico, ha guardado toda su potencia de erección para levantar las montañas que erizan el Oeste

del Nuevo Continente. Suponiendo que estos territorios sean un mar, se podría decir que este mar, tranquilo, unido y como adormecido por un lado, es borrascoso, tumultuoso por el otro, y que las crestas de las olas son las crestas de sus montañas.

Juan fué el que hizo esta observación, y la comparación gustó mucho á su padre.

—¡Eso es, eso es! respondió. ¡Después del buen tiempo, la tempestad! ¡Bah! Nuestra *Belle-Roulotte* es sólida. ¡No naufragará! ¡Embarca, muchacho, embarca!

Y se embarcaron, y el buque continuó navegando sobre aquella comarca, que parecía agitada por las olas.

Y para continuar la comparación, el mar empezaba á calmarse, y gracias á los es-

fuerzos de la tripulación, el arca de los Cascabeles salió con felicidad de los peores pasos. Si á veces se vió obligada á disminuir su velocidad, por lo menos pudo evitar los escollos.

Como siempre, la acogida que se les hizo en los pueblecillos de *Kalmera* y *Monticello* fué buena y simpática, lo mismo que en los fuertes, que no son, á decir verdad, más que estaciones militares.

Allí no había murallas, ni apenas empalizadas; pero las pequeñas guarniciones que encierran estos puestos bastan para contener á los indios nómadas en las excursiones que llevan á cabo á través del país.

Tampoco la *Belle-Roulotte* fué asaltada ni por los *Chinoux* ni por los *Nesquallys* cuando se aventuró á través del país de *Walla-Walla*. Llegada la noche, los indios rodeaban el campamento, pero sin demostrar ninguna intención malévola. El que provocaba entre ellos la más viva sorpresa era John Bull, cuyas muecas excitaban su hilaridad.

Jamás habían visto monos, y sin duda tomaron á éste por uno de los miembros de la familia.

—¡Sil... ¡Es mi hermano menor!... les decía Sandre, lo cual excitaba las iras de Mad. Cascabel.

Por fin llegaron á *Olympia*, capital del territorio de Washington, y allí fué donde «á petición general» se dió la última representación de la *troupe* francesa en los Estados Unidos. No lejos se desarrollaba la última frontera de la Confederación, en el Noroeste de América.

El itinerario, en lo sucesivo, se reducía á seguir la costa del Pacífico, ó, mejor dicho, los numerosos *sounds*, caprichosos y múltiples estrechos del litoral, que están cubiertos por las grandes islas de Vancouver y de la Reina Carlota.

Al pasar por el pueblecillo de *Steklakoon* fué necesario rodear los *Pagget-sounds*, con el fin de ganar el fuerte de *Bettingham*, situado cerca del estrecho que separa las islas de la tierra firme.

Después, la estación de *Whatcome*, con el monte *Baker*, que apuntaba á través de las nubes del horizonte, y la de *Srimiamoo*, á la entrada de *Georgia-Strait*.

Por último, el 27 de Abril, después de haber hecho próximamente un recorrido

de trescientas cincuenta leguas desde Sacramento, la *Belle-Roulotte* llegó á la frontera adoptada por el tratado de 1847, y que forma actualmente el límite de la Columbia Inglesa.

VI

CONTINUACIÓN DEL VIAJE

Por primera vez, M. Cascabel, enemigo natural é irreconciliable de Inglaterra, iba á poner el pie en tierra inglesa. Por primera vez su calzado iba á pisar el suelo británico y á mancharse de polvo anglosajón.

Que el lector nos perdone esta manera enfática de expresarnos; pero, con seguridad, era la forma, un poco ridícula, bajo la cual este pensamiento debía ofrecerse al cerebro del saltimbanqui, tanto más tenaz en sus aborrecimientos patrióticos, cuanto que no tenían razón de ser.

Y, sin embargo, la Columbia no está en Inglaterra. No pertenece al grupo que la Inglaterra, Escocia é Irlanda constituyen bajo la denominación de Gran Bretaña. Pero no por eso es menos inglesa que las Indias, Australia y Nueva Zelandia, y como tal repugnaba á César Cascabel.

La Columbia inglesa forma parte de la Nueva Bretaña, una de las más importantes colonias de Ultramar del Reino Unido, puesto que contiene la Nueva Escocia y el *Dominión*, es decir, el Alto y Bajo Canadá, así como los territorios concedidos á la Compañía de la Bahía de Hudson. En anchura va de un Océano al otro: del Pacífico al Atlántico. Al Sur está limitada por la frontera de los Estados Unidos, que se extiende desde el territorio de Washington hasta el litoral del Estado del Maine.

Era, pues, una tierra inglesa, y las necesidades del itinerario no permitían á la familia el evitarla. En suma, no había más que doscientas leguas que andar para atravesar la Colombia antes de llegar á la punta meridional de Alaska, es decir, las posesiones rusas del Oeste de América. Sin embargo, doscientas leguas sobre

«aquel suelo detestado», aunque no fuera más que un paseo para la *Belle-Roulotte*, acostumbrada á tan largas peregrinaciones, era doscientas veces demasiado, y M. Cascabel se proponía franquearlas lo más de prisa posible.

Por lo tanto, nada de descansos, excepto á las horas de comer. Nada de trabajos de equilibrio ó gimnasia; nada de danzas, nada de luchas. ¡Se pasaría sin ellas el público anglosajón! La familia Cascabel no experimentaba más que desdén hacia las monedas con la efigie de la Reina. ¡Más valía un papel-dollar que una corona de plata ó una libra esterlina de oro!

En estas condiciones, se comprende que la *Belle-Roulotte* se puso en estado de pasar á lo largo de las poblaciones, se parándose de los pueblecillos. Si durante la marcha la caza podía bastar para la alimentación de su personal, eso les dispensaría de comprar sus géneros á los productores de este país abominable.

Y no se crea que esta actitud era una especie de farsa de M. Cascabel. ¡No! Era natural. El filósofo que había tomado tan decididamente su partido en sus últimos infortunios; cuyo buen humor había resucitado después del robo de Sierra Nevada, se volvió triste y melancólico desde el momento en que pasaron la frontera de la Nueva Bretaña. Marchaba con la cabeza baja, la cara arrugada, el sombrero hasta las orejas, echando miradas feroces á los inofensivos viajeros que se cruzaban en su camino. No tenía ganas de reír, y bien se vió cuando Sandre se ganó una buena rociada á propósito de una broma intempestiva.

En efecto, aquel día se le ocurrió al pilluelo no marchar sino hacia atrás durante un cuarto de milla, baciendo fuertes contorsiones y muecas.

Y cuando su padre le preguntó el motivo de esta manera de proceder, por lo menos muy penosa:

—¡Porque es un viaje al revés el que hacemos! respondió.

A esta salida, todos se echaron á reír, hasta el mismo Clou, que encontró la contestación muy ingeniosa.

—Sandre, dijo M. Cascabel con tono gruñón, y tomando un aire solemne: si te permites otra vez bromas de este género, cuando no tenemos ganas de bro-

mear, te tiraré de las orejas hasta que te lleguen al tañón.

—¡Pero... padre!...

—¡Silencio en las filas!... ¡Se prohíbe reír en este país de ingleses!...

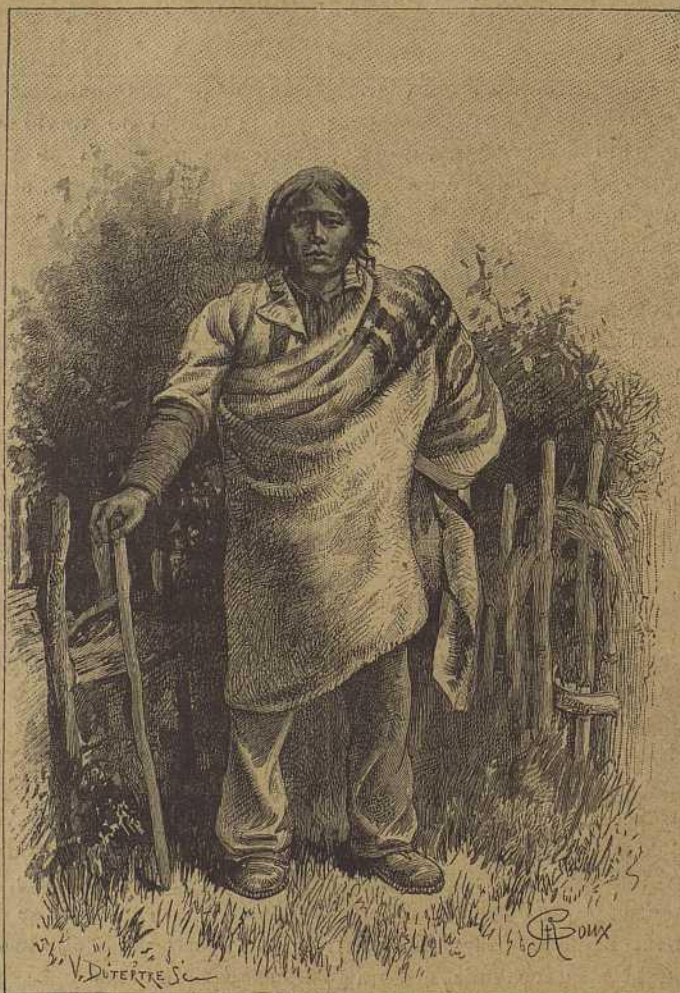
Y la familia no volvió á despegar los labios en presencia de su terrible jefe, aunque no participase, al menos en este concepto, de sus ideas antisajonas.

La parte de la Columbia Inglesa que confina con el litoral del Pacífico es muy quebrada. Encerrada al Este por las montañas Rocosas, cuya cadena se prolonga hasta las cercanías del territorio polar, la costa de Bute, profundamente recortada al Oeste, se corta por numerosos *fiords*, como una costa de Noruega, pintorescamente dominada por altas cimas. Allí se dibujan picos, de los que no se encuentran parecidos en Europa, y en el medio de la región alpestre, ventisqueros que sobrepujan en profundidad y extensión á los más importantes de la Sierra. Tales son el monte Hocker, cuya altura mide cinco mil ochocientos metros (mil más que la última plataforma del *Mont-Blanc*) ó el monte Brun, más elevado que el gigante de los Alpes.

Afortunadamente para la dirección impuesta á la *Belle-Roulotte*, entre estas cadenas del Este al Oeste se desarrollaba un ancho y fértil valle, donde se sucedían planicies descubiertas y bosques soberbios. El *thalweg* de este valle daba paso á una importante corriente de agua, el Fracer, que después de haber corrido de Sur á Norte durante un centenar de leguas, venía á encauzarse en un estrecho brazo de mar, limitado por la costa de Bute, la isla de Vancouver y el archipiélago de islotes que domina.

Esta isla de Vancouver tiene doscientas cincuenta millas geográficas de ancho, por ochenta y tres de longitud. Comprada por los portugueses, vino á ser objeto de una toma de posesión que la hizo pasar á manos de los españoles en 1789. Reconocida tres veces por Vancouver, cuando se llamaba todavía Noutka, tomó el nombre del navegante inglés y del capitán Quadra, perteneciendo después definitivamente á la Gran Bretaña, á fines del siglo XVIII.

Su capital es actualmente Victoria, y tiene por principal villa á Nanaímo. Sus



Este guía se llamaba Ro-No.

ricos yacimientos de hulla, después de haber sido explotados al principio por los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson, forman una de las ramas más activas del comercio de San Francisco con los diversos puertos de la costa occidental.

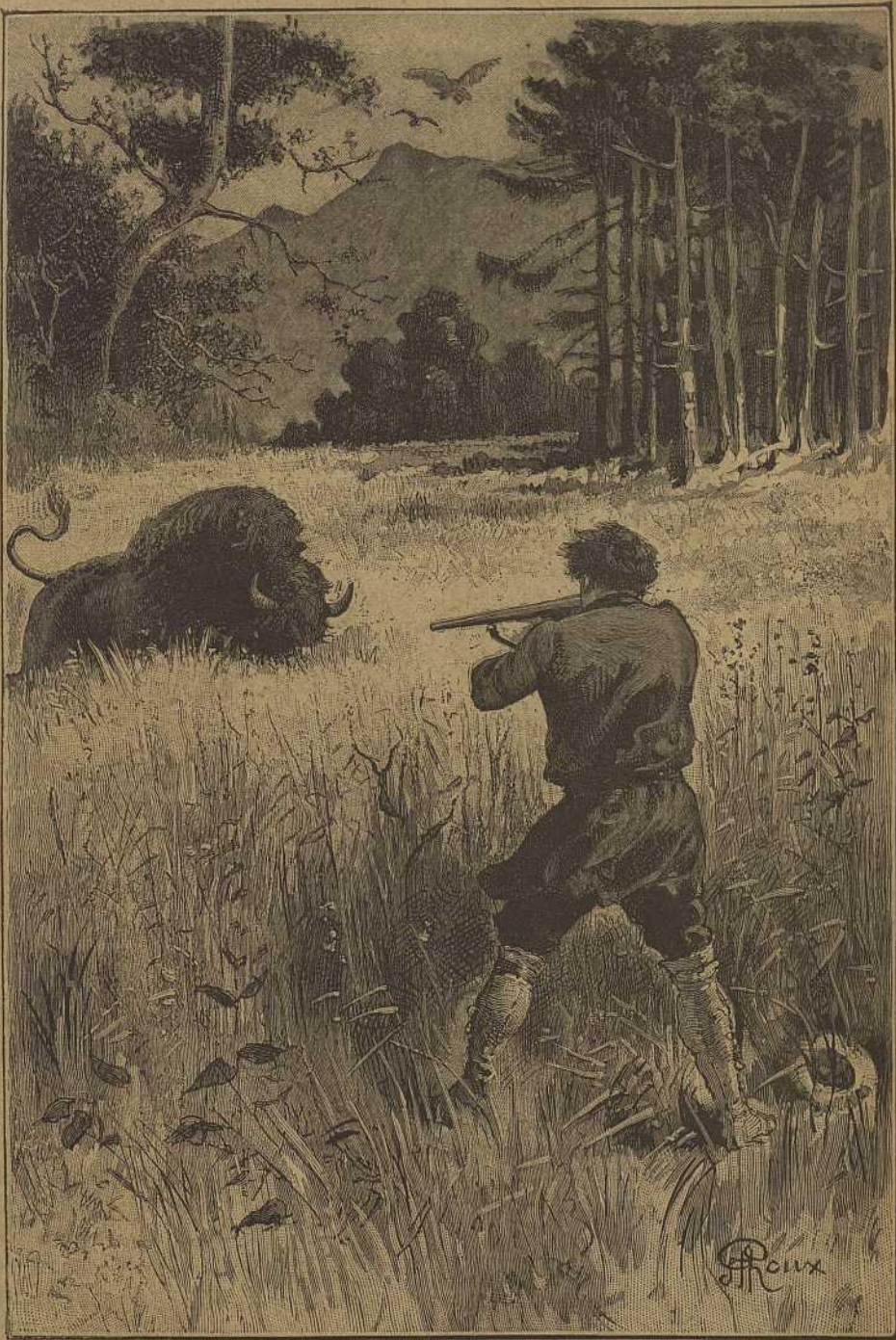
Un poco al Norte de la isla de Vancouver, el litoral está cubierto por la isla de la Reina Carlota, la más importante del archipiélago de este nombre, que completa las posesiones inglesas en medio de aquellos parajes del Pacífico.

Fácilmente se adivina que M. Cascabel no pensó siquiera en visitar esta capital, como tampoco había soñado en visitar Adelaida ó Melbourne, en Australia, Madrás ó Calcuta, en la India. Ponia todo su

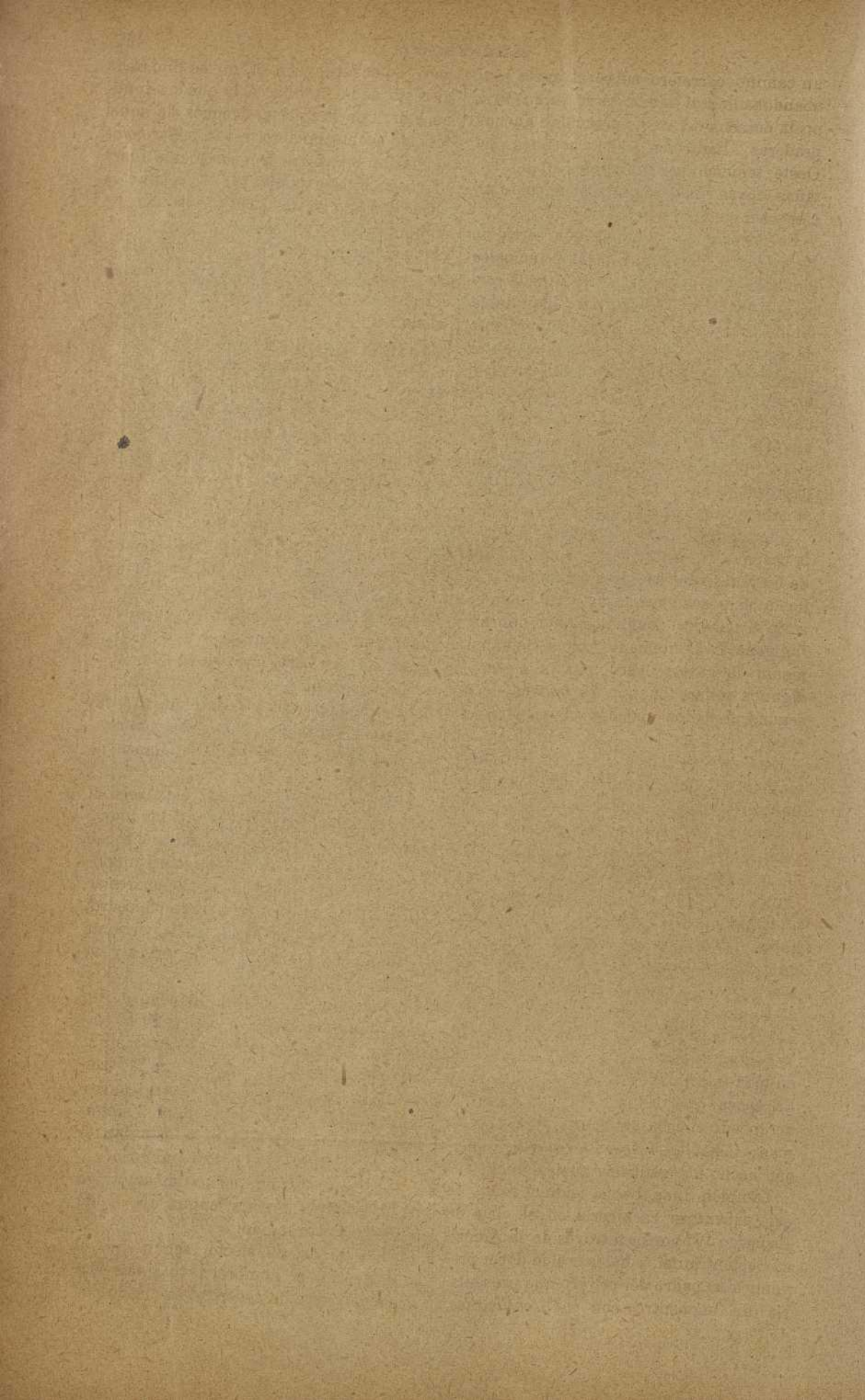
cuidado en pasar el valle del Frazer tan rápidamente como lo permitiera su tiro, no teniendo relaciones sino con los habitantes de raza indígena.

Por otra parte, la *troupe*, mientras se elevaba á través de este valle, encontraba fácilmente la caza necesaria para el sustento. Abundaban los gamos, las liebres, las perdices, y «por lo menos, decía monsieur Cascabel, esta caza que el fusil de su primogénito mataba con tiro seguro y rápido, servía para alimentar á honradas criaturas.» ¡No tenjan sangre anglosajona en sus venas, y los franceses podían comerla sin remordimientos!

Después de haber pasado el fuerte Langley, el vehículo estaba ya completamente dentro del valle del Frazer. Buscó en vano



EL ANIMAL, HERIDO SOLAMENTE, SE REVOLVIÓ CONTRA JUAN



un camino carretero sobre el suelo casi abandonado á sí mismo. A lo largo de la orilla derecha del río se extendían anchas praderas, limitofes á los bosques del Oeste, teniendo por horizontes altas montañas, cuyas cimas se destacaban sobre un cielo casi siempre gris.

Es necesario mencionar que cerca de New-Westminster, una de las principales ciudades de la costa de Bute, situada casi en la embocadura del Frazer, Juan había tenido cuidado de franquear la corriente de agua en la barca que funcionaba entre las dos orillas. Buena precaución, en efecto; porque, después de haber subido el río hasta su origen, la *Belle-Roulotte* no tenía más que rodearle hacia el Oeste. Era el camino más corto, y también el más practicable, hacia la punta de Alaska que se interna en la frontera columbiana.

Además M. Cascabel, bien servido por la casualidad, había hecho la adquisición de un guía, que se ofreció á conducirlos hasta las posesiones rusas; y no debía pesarle el haberse confiado á este honrado indígena. Evidentemente, esto sería un aumento de gastos; pero más valía perder algunos dollars cuando se trataba de la seguridad de los viajeros y la rapidez del viaje.

Este guía se llamaba Ro-No. Pertenece á una de las tribus en que los *tyhis*, llamados de otro modo los *jefes*, tienen relaciones muy frecuentes con los europeos. Estos indios difieren esencialmente de los *tchilicottes*, raza despreciable, cautelosa, cruel, salvaje, de los que conviene no fiarse en el Noroeste de América. ¿No habían tomado parte estos bandidos, algunos años antes, en 1864, en el cruel asesinato del personal enviado á la costa de Bute para la construcción de un camino? ¿No cayó bajo sus golpes el ingeniero Wádington, cuya muerte fué tan sentida en toda la colonia? ¿No se decía en aquella época que estos *tchilicottes* habían arrancado el corazón de una de sus víctimas y le habían devorado, como lo hubieran hecho los canibales australianos?

También Juan había leído el relato de esta espantosa carnicería en el viaje de Federico Whympet á través de la América Septentrional, y había creído deber prevenir á su padre del peligro que presentaría un encuentro con los *tchilicottes*;

pero, de acuerdo con él, no se dijo nada al resto de la familia, á la que era inútil asustar. Por otra parte, después de aquel funesto acontecimiento, estos *pieles rojas* se habían quedado prudentemente fuera de alcance, asustados por el castigo de cierto número de ellos, más directamente comprometidos en este asunto. Esto lo confirmó el guía Ro-No, quien aseguró á los viajeros que no tenían nada que temer durante la travesía de la Columbia Inglesa.

El tiempo continuaba bueno.

Ya el calor se dejaba sentir vivamente entre el mediodía y las dos de la tarde. Los botones de los árboles se abrían á lo largo de las ramas hinchadas de savia; hojas y flores no tardarían en casar sus colores primaverales.

La comarca presentaba entonces el aspecto especial de los países del Norte.

El valle del Frazer estaba rodeado de bosques, en medio de los cuales dominaban las especies septentrionales, los cedros, los abetos, y también los pinos Douglas; algunos, de quince metros de circunferencia en su base, levantaban sus cimas á más de cien pies del suelo. La caza abundaba en los bosques y en la llanura, y sin separarse demasiado, Juan daba fácilmente abasto á las necesidades cotidianas de la cocina.

Tampoco estaba desierta esta región. Acá y allá pueblecillos, donde los indios parecían vivir en buena inteligencia con los agentes de la administración anglosajona. En la superficie del río aparecían flotillas de canoas de madera de cedro, que bajaban con la ayuda de la corriente y subían con el auxilio de los remos y las velas.

A menudo se cruzaban bandas de indios que marchaban hacia el Sur. Envueltos en sus mantas de lana blanca, cambiaron dos ó tres palabras con M. Cascabel, que acabó al fin por comprenderlos, pues se servían de un idioma singular, el *chinouk*, en el cual se mezclan el francés, el inglés y el *patois* indígena.

—¡Bueno, exclamó, el saltimbanqui; ya sé el *chinouk*!... ¡Una lengua que hablo sin haberla aprendido!

Chinouk es, en efecto, según dijo el guía Ro-No, el nombre dado á este lenguaje del Oeste de América, empleado por

diversos pueblos hasta en las provincias alaskianas.

En aquella época, inútil es decir que las nieves del invierno habían desaparecido completamente, gracias á la precocidad de la estación cálida, por más que algunas veces persistiesen hasta los últimos días de Abril. El viaje se efectuaba en condiciones favorables. Sin fatigarlos demasiado, M. Cascabel acosaba á sus caballos tanto como le permitía la prudencia, por sus deseos de estar fuera de los territorios columbianos. La temperatura se elevaba gradualmente, y se notó por los mosquitos, que no tardaron en hacerse insoportables. Era muy difícil impedirles la entrada en la *Belle-Roulotte*, aun con la precaución de no encender ninguna luz cuando llegaba la noche.

—¡Malditos animales! gritó un día M. Cascabel, después de una lucha inútil contra aquellos irritantes insectos.

—¡Quisiera saber para que sirven estas picaras moscas! preguntó Sandre.

—Sirven... para devorarnos..., respondió Clou.

—¡Y, sobre todo, para devorar á los ingleses de la Columbia! añadió M. Cascabel. Por consiguiente, niños, está prohibido formalmente el matar ni una sola. Nunca habrá demasiadas para los señores *Englishs*, y esto es lo que me consuela.

Durante esta parte del viaje la caza fué extremadamente fructuosa. Las piezas se presentaban con frecuencia, y los gamos bajaban de los bosques hasta la llanura, á fin de abreviar en las ricas aguas del Frazer. Siempre acompañado de *Wagram*, Juan pudo dar una batida á algunos de ellos, sin tener necesidad de alejarse más que lo que hubiera sido prudente, pues habría disgustado á su madre. Algunas veces Sandre iba á cazar con él, orgulloso de empezar á manejar las armas bajo la dirección de su hermano mayor, y hubiera sido difícil decir cuál de los dos era el más listo y más rápido en la carrera: si el joven cazador ó su perro.

Sin embargo, Juan no contaba aún en su activo más que algunos gamos, cuando tuvo la suerte de matar un bisonte. Aquel día corrió verdaderos peligros, porque el animal, herido solamente por el primer disparo, se revolvió contra él, y aunque le envió una segunda bala á la cabeza, la fie-

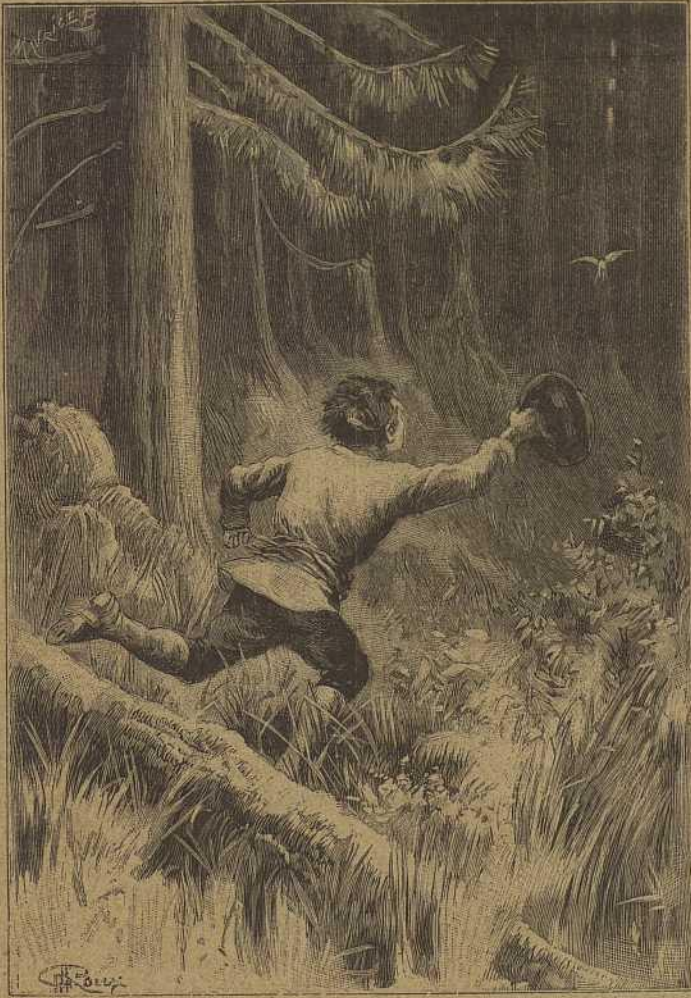
ra no se detuvo hasta el momento en que el cazador iba á ser derribado, pateado, despanzurrado. Como se puede suponer, no dió detalles de este lance. Pero el hecho se había verificado á algunos centenares de pasos de la orilla del Frazer, y fué necesario desenganchar los caballos para ir á buscar al enorme animal, que parecía un león por su espesa melena.

Se sabe de qué utilidad es este rumiante para el indio de la Pradera, que no vacila en atacarle, bien con la lanza, bien con la flecha. Su piel es la cama del *wigwam*, es el abrigo de la familia, y hay vestidos hechos de esta piel que se venden hasta á veinte piastras. Además, los indígenas dejan secar al calor del sol la carne, y la cortan en largas tiras; precioso recurso para los meses de escasez.

Si los europeos no comen más que la lengua del bisonte—que es en realidad un plato de los más delicados,—el personal de la compañía se mostró menos exigente. Nada era de despreciar para estos jóvenes estómagos. Por otra parte, Cornelia arregló esta carne de tan agradable manera, emparrillada, asada ó cocida, que se la declaró excelente, sirviendo para numerosas comidas. En cuanto á la lengua del animal, no pudo obtener cada uno más que un pedazo; pero la opinión general fué que jamás habían comido cosa mejor.

Durante la primera quincena del viaje á través de la Columbia, no se produjo otro incidente digno de ser referido. El tiempo seguía modificándose, y no estaba lejana la época en que las lluvias persistentes llegarían, si no á impedir, por lo menos á retardar su marcha hacia el Norte.

En estas condiciones, había que temer que el Frazer se desbordase por una crecida extraordinaria, y este desbordamiento hubiera sido para la *Belle-Roulotte* el mayor contratiempo, por no decir el mayor peligro. Por fortuna, cuando cayeron las lluvias, si bien el río no tardó en engrosar rápidamente, no se elevó más que al nivel de sus orillas. Las llanuras escaparon así á la inundación, que las habría sumergido hasta el límite de los bosques escalonados en las primeras rampas del valle. El coche avanzaba con mucho trabajo, porque sus ruedas se hundían en el suelo humedecido; pero bajo su techo, impermeable y sólido, la familia Cascabel



Sandre corría y saltaba como un gato montés.

encontró el seguro abrigo que le había ya ofrecido tantas veces contra las ráfagas y la tempestad.

VII

Á TRAVÉS DEL CARIBOU

¡Honrado Cascabel! ¿Por qué no habrás venido algunos años antes á visitar la región que va á extenderse ante tus pasos en aquella parte de la Columbia Inglesa?

¿Por qué los azares de tu vida errante no te habrán conducido cuando el oro recubría su suelo y no había más que bajarse para enriquecerse?

¿Por qué la narración que Juan hizo á su padre de aquel extraordinario período era el relato del pasado, y no el del presente?

—He aquí el Caribou, dijo Juan á su padre; pero tal vez no sepas lo qué es el Caribou.

—Ni por asomo, respondió Cascabel. ¿Es un animal de dos ó cuatro patas?

—¡Un animal! exclamó Napoleona. ¿Es grande? ¿Es malo? ¿Muerde?

—No es un animal, respondió Juan; es sencillamente un país que lleva ese nombre, el país del oro, el *Eldorado* de la Columbia. ¡Qué de riquezas contenía, y á cuántos ha enriquecido!...

—¿Al paso que otros se arruinaban? replicó Cascabel.

—En efecto, padre; y aun añadiré que fué mayor el número de los últimos. Y sin embargo, hubo asociaciones de mineros que recogieron hasta dos mil marcos en un solo día. En cierto valle del Caribou, el valle de William-creek, se recogía á manos llenas. Y con todo, por considerable que fuese el rendimiento de aquel valle aurífero, eran demasiados los que habían acudido para explotarle. Así es que, á consecuencia de la acumulación de buscadores y de la turba que arrastraban consigo, la vida se hizo bien pronto extremadamente difícil, sin hablar de la prodigiosa carestía de todas las cosas. La alimentación costaba un sentido: el pan á un dollar la libra. En aquel centro malsano se desarrollaron enfermedades contagiosas. Finalmente, la miseria, y después la muerte, se apoderaron de la mayor parte de los que visitaron el Caribou.

—¿No fué esto mismo lo que ocurrió algunos años antes en la Australia y en California?

—Sin embargo, padre, dijo entonces Napoleona, ¡sería muy hermoso encontrar en nuestro camino un grueso pedazo de oro!

—¿Y qué harías con él, hija mía?

—¿Qué haría? respondió Cornelia: entregarle á su mamita, que sabría cambiarle bien pronto por buena moneda.

—Pues bien, busquemos, dijo Clou, y seguramente concluiremos por encontrar, á menos que...

—A menos que no encontremos. ¿No es eso lo que ibas á decir? replicó Juan.

—Y eso es precisamente lo que sucederá, mi pobre Clou, porque la caja está vacía... ¡archivacia!

—Bueno, bueno, dijo Sandre. Ya veremos.

—¡Alto, muchachos! replicó Cascabel con voz enfática. Se prohíbe absolutamente enriquecerse de esa manera. Oro recogido en territorio inglés... ¡quita allá! Pasemos, pasemos de prisa, sin detenernos, sin bajarnos á recoger una pepita, aun cuando sea tan gorda como la cabeza de Clou. Y al llegar á la frontera, aunque no encontremos cartel ninguno en que estén escritas estas palabras: «Limpíese usted los pies, S. V. P. (1)», nos los limpiare-

(1) Si usted gusta.

mos, hijos míos, para no llevar con nosotros nada que pueda pertenecer á esta tierra colombiana.

¡Siempre el mismo! Pero tranquilízate ¡oh César Cascabel! Es más que probable que ninguno de los tuyos tenga ocasión de bajarse á recoger ni la más insignificante pepita.

Sin embargo, durante la marcha, y á pesar de la prohibición de M. Cascabel, investigadoras miradas se dirigían incessantemente hacia la superficie del suelo; cualquier guijarro se le figuraba á Napoleona, y sobre todo á Sandre, que valía su peso en oro. ¿Y por qué no? En el orden de las riquezas auríferas, ¿no ocupa el primer lugar la América del Norte?

La Australia, Rusia, Venezuela, China, vienen después que ella.

Entretanto había comenzado la estación de las lluvias. Diariamente caían fuertes chaparrones, y el camino se iba haciendo cada vez más difícil.

El guía indio apretaba á los caballos; temía que los ríos ó los *creeks* (1) afluentes del Frazer, hasta entonces casi secos, llegasen á desbordar por avenidas repentinas. ¿Cómo podrían franquearlos si no ofrecían sitios vadeables? La *Belle-Roulotte* se verían en gran peligro y pasaría muchos apuros durante las varias semanas que dura la estación lluviosa.

Era preciso apretar el paso para salir del valle del Frazer.

Hemos dicho que los indígenas de aquella comarca no eran de temer, desde que los *tchillicottes* habían sido rechazados hacia el Este.

Nada más cierto; pero encerraba ciertos animales temibles, entre otros los osos, cuyo encuentro hubiera ofrecido reales peligros.

No tardó Sandre en experimentarlos, exponiéndose á haber pagado cara la desobediencia á las órdenes de su padre.

Era la tarde del día 17 de Mayo.

La familia había hecho alto á unos cincuenta pasos de un *creek*, que los caballos acababan de atravesar en seco. Este *creek*, muy encajonado, hubiera sido absolutamente infranqueable si alguna repentina crecida le hubiera transformado en torrente.

La parada debía durar un par de horas.

(1) Arroyos.

Juan se adelantó con el objeto de cazar algunas piezas, mientras que Sandre, á pesar de la orden que tenía de no separarse del campamento, volvió á pasar el *creek* sin ser visto, no llevando consigo más que una cuerda de unos doce pies de largo, arrollada á la cintura.

El galopín tenía su idea. Había visto un brillante pájaro de plumaje multicolor, y quería seguirle para descubrir su nido, y, con ayuda de la cuerda, trepar al tronco del árbol en que se posase, con objeto de apoderarse de él.

Pero, alejándose así, Sandre cometía una imprudencia, tanto más grande cuanto que el tiempo se presentaba amenazador.

Una fuerte tormenta subía rápidamente hacia el cenit. Pero ¡quién detiene á un pilluelo que corre detrás de un pájaro!

Siguióse, pues, que Sandre se internó en un bosque, cuyos primeros árboles se elevaban á la izquierda del arroyo.

El pájaro, revoloteando de rama en rama, parecía complacerse en atraerle.

Sandre, entregado por completo á su persecución, olvidaba que la *Belle-Roulotte* debía ponerse en marcha dentro de dos horas, y veinte minutos después de haber abandonado el campamento, había corrido ya media legua larga por lo más profundo del bosque, en que sólo se distinguían estrechos senderos, embarazados por los matorrales que crecían al pie de los pinos y de los cedros.

El pájaro, arrojando alegres gritos, se lanzaba de uno en otro árbol, mientras que Sandre corría y saltaba como un gato montés.

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron vanos, y el pájaro concluyó por desaparecer en la espesura.

—¡Vete al diablo! exclamó Sandre deteniéndose muy incomodado por el mal éxito de su persecución.

Entonces miró al cielo, y á través del follaje le vió cubierto de espesas nubes, al paso que intensas claridades corrían por encima de la sombría verdura.

Eran los primeros relámpagos, que fueron bien pronto seguidos de truenos prolongados.

—¡Ya es tiempo de volverme! ¿Qué dirá mi padre?

En aquel momento atrajo su mirada

un objeto singular: un guijarro de forma extraña, de la magnitud de una piña, y salpicado de puntos metálicos.

¡Y he aquí á nuestro galopín imaginándose que es una pepita olvidada en aquella parte del Caribou!

Arrojando un grito de alegría, la recoge, la toma á peso y la guarda en su bolsillo, prometiéndose no hablar á nadie de semejante hallazgo.

—¡Veremos lo que dirán más tarde, pensó, cuando le haya cambiado por hermosas monedas de oro!

Apenas había Sandre guardado su precioso guijarro, cuando la tempestad se desencadenó con un violento trueno.

Los últimos ecos le repercutían aún en el espacio, cuando se dejó oír un espantoso rugido.

A veinte pasos, fuera del matorral, se levantaba sobre sus patas un oso enorme, perteneciente á la especie de los *grizzlys* (1).

Por bravo que fuese, Sandre echó á correr con toda la velocidad de que eran susceptibles sus ágiles piernas, en dirección al arroyo.

Inmediatamente el oso se puso en su persecución.

Si Sandre lograba llegar al lecho del arroyo, franquearle y refugiarse en el campamento, estaba salvado. Ya sabrían contener al oso desde la otra orilla del *creek*, y aun matarle para hacer con su piel una buena alfombra para los pies de la cama.

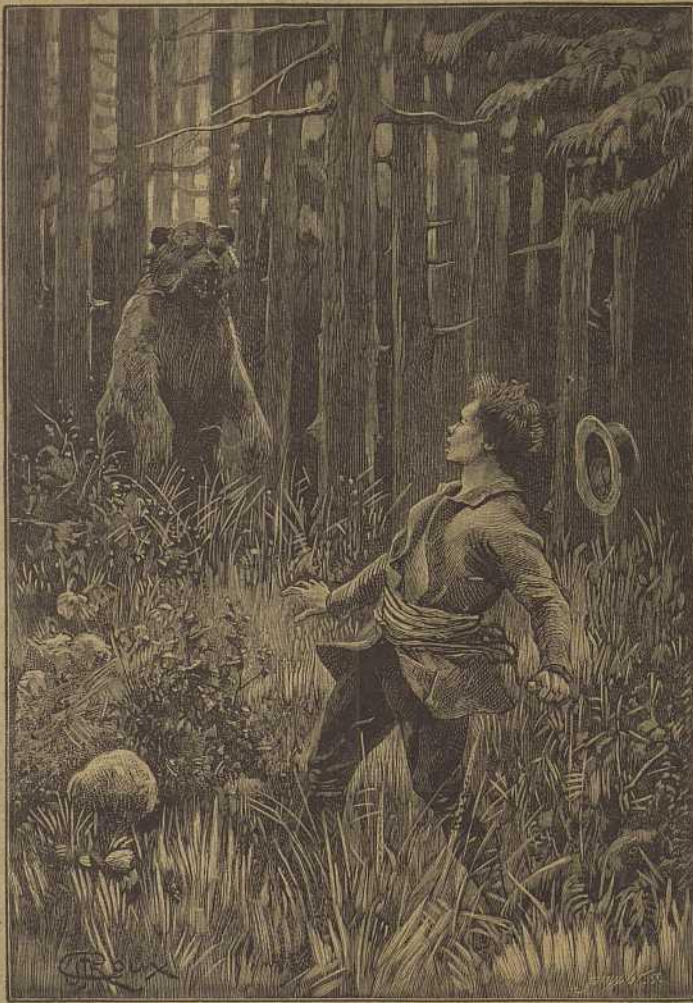
Pero la lluvia caía á torrentes, los relámpagos se multiplicaban, y el cielo retumbaba con los estallidos del rayo.

Sandre, calado hasta los huesos, entorpecido en su carrera por sus mojados vestidos, corría el riesgo de caer á cada paso, y una caída le hubiese puesto á merced del animal.

Sin embargo, logró conservar la distancia, y en menos de un cuarto de hora se encontró en la orilla del *creek*. ¡Obstáculo infranqueable! El arroyo, convertido en torrente, arrastraba piedras, troncos y cepas arrancadas por la violencia de la corriente. Las aguas subían hasta el borde de las orillas. Arrojarle en medio de estos torbellinos, era perderse sin ninguna probabilidad de salvación.

Sandre no se atrevía á volver atrás.

(1) Oso gris, la más temible de la familia de los



Se levantaba sobre sus patas un oso enorme,

Sentía al oso pisándole los talones, pronto á estrecharle con su terrible abrazo; é imposible dar á conocer su presencia á la *Belle-Roulotte*, apenas visible entre los árboles.

El instinto le hizo entonces ejecutar, casi sin reflexión, lo único que tal vez podía salvarle.

A cinco pasos de él había un árbol, un cedro, cuyas ramas inferiores se extendían por encima del *creek*.

Lanzarse hacia el tronco, de un grueso mediano, rodearle con sus brazos, ayudarse con las rugosidades de la corteza, izarse hasta la horquilla y deslizarse á través de las ramas superiores, fué para el muchacho obra de un momento.

Un mono no hubiera sido más ágil ni

más diestro; verdad es que se trataba de un verdadero clown.

Una vez allí, creyó estar seguro.

Por desgracia, no fué por mucho tiempo.

En efecto: el oso, que se había apostado al pie del árbol, se disponía á trepar: era difícil escaparse de él, aun refugiándose en las ramas más altas.

Sandre no perdía nada de su sangre fría. ¿Acaso no era el hijo del célebre Cascabel, acostumbrado á salir sano y salvo de los pasos más difíciles y peligrosos?

Lo que urgía era abandonar el árbol. Pero ¿cómo? Después franquear el torrente. Pero ¿de qué manera? A consecuencia de la crecida ocasionada por aquella lluvia torrencial, el arroyo comenzaba á desbordarse, y sus aguas se extendían ya sobre

la orilla derecha del lado del campamento.

¿Pedir socorro? Era imposible que sus gritos pudiesen ser oídos en medio de aquella ráfaga furibunda. Por otra parte, si M. Cascabel, Juan ó Clou de Giroffe se habían puesto en busca suya, sería hacia adelante, no hacia atrás de la *Belle-Roulotte*. ¿Cómo habían de suponer que Sandre había vuelto á pasar el *creek*?

Entretanto el oso trepaba... lentamente, pero trepaba, é iba á alcanzar bien pronto la horquilla del cedro, al paso que Sandre procuraba alcanzar la cima.

Entonces el muchacho tuvo una idea.

Viendo que algunas de las ramas se extendían unos diez pies sobre el arroyo, se apresuró á desarrollar la cuerda que llevaba á la cintura, y hacer un lazo que, lanzado con suma destreza, enganchó la extremidad de una de las ramas horizontales; después, tirando de la cuerda, levantó aquella rama y la mantuvo en posición casi vertical.

Todo aquello lo hizo diestra, rápidamente y con gran serenidad de ánimo.

No había tiempo que perder; el oso acababa de agarrarse á la horquilla, y desde allí buscaba el medio de izarse hasta el centro del ramaje. Pero en aquel momento, después de aferrarse bien á la extremidad de la rama enderezada, Sandre la soltó de repente, y fué lanzado por encima del arroyo como una piedra por una catapulta. Después, girando una vez sobre sí mismo por una vigorosa contracción de riñones, cayó al borde de la orilla derecha del arroyo, mientras que el oso, confuso y apenado, veía escapársele su presa por los aires.

—¡Ah tunante!

Este fué el cumplimiento con que monsieur Cascabel, que acababa de llegar con Juan y Clou á la orilla del arroyo, acogió la vuelta del imprudente joven, después de haberle inútilmente buscado por el lado del campamento.

—¡Tunante! repitió. ¡Qué susto nos has dado!

—Pues bien, padre: ¡tírame de las orejas! ¡Lo tengo bien merecido!

Pero en lugar de agarrar las orejas de su hijo, M. Cascabel no pudo resistirse al deseo de besarle, diciendo:

—No lo vuelvas á hacer, porque entonces...

—¡Me volverás á besar! respondió Sandre dando un fuerte abrazo á su padre.

Después exclamó:

—¡Eh! ¿Qué tal se la he pegado á ese Martín (1) de pacotilla?

Juan hubiera querido matar al animal, que se había alejado; pero no había que pensar en perseguirle.

La crecida aumentaba; lo más apremiante era huir de la inundación, y los cuatro volvieron á la *Belle-Roulotte*.

VIII

EL PUEBLECILLO DE LOS «COQUINS» (2)

Ocho días después, el 26 de Mayo, el convoy se encontraba en las fuentes del Frazer. Si bien la lluvia no había cesado de caer noche y día, aquel mal tiempo iba á cesar bien pronto, según las seguridades que daba el guía.

Después de haber rodeado las fuentes del río, siguiendo un territorio bastante montuoso, la *Belle-Roulotte* se encaminó directamente hacia el Oeste.

Algunos días más de marcha, y M. Cascabel se hallaría en la frontera de Alaska.

Durante la última semana no se encontró ni un pueblo ni una aldea en el itinerario seguido por Ro-No, cuyos servicios, por otra parte, sólo merecían alabanzas, pues conocía el país perfectamente.

Aquel mismo día, el guía previno á M. Cascabel que, si lo deseaba, podría hacer alto en un pueblecito situado á muy poca distancia, donde los caballos, algo estropeados, podrían con provecho descansar veinticuatro horas.

—¿Qué pueblecillo es ése? preguntó monsieur Cascabel, siempre desconfiado cuando se trataba de una población columbiana.

—La aldea de los Coquins, respondió el guía.

—¡La aldea de los Coquins! exclamó M. Cascabel.

(1) Nombre que da el público á los osos del Jardín de Plantas de París.

(2) Tunantes. Se conserva la expresión francesa, para no desvirtuar el juego de palabras que el autor emplea más adelante.

—Sí, dijo Juan; ese es el nombre que lleva en el mapa, y debe ser el de una tribu india, tal como los Ko-quins...

—¡Bueno, bueno! Basta de explicaciones, interrumpió M. Cascabel, viendo que se le iba á escapar el calificativo francés. ¡Bien nombrado está si le habitan los ingleses, aunque sólo sean media docena!

Aquella misma noche la *Belle-Roulotte* hizo alto á la entrada de la aldea. Sólo faltaban tres días para llegar á la frontera geográfica que separa á Alaska de la Columbia Inglesa.

M. Cascabel no tardaría, pues, en recobrar su buen humor, tan comprometido en los territorios de S. M. Británica.

La aldea ó pueblecillo de los Coquins estaba ocupado por una población india; pero entonces había en él cierto número de ingleses, cazadores de profesión ó simples aficionados, que no permanecían en él sino durante la estación de la caza.

Entre los oficiales de la guarnición de Victoria que se encontraban allí había un cierto *baronnet*, sir Edward Turner, hombre altivo, brutal, insolente, muy orgulloso de su nacionalidad, uno de esos *gentleman* que se creen que todo les es permitido por el solo hecho de ser ingleses.

Naturalmente, detestaba á los franceses, tanto, por lo menos, como M. Cascabel detestaba á sus compatriotas. ¡Júzguese si ambos estarían hechos para entenderse!

Aquella misma noche, mientras que Juan, Sandre y Clou habían ido en busca de provisiones, sucedió que los perros del *baronnet* se encontraron, en las inmediaciones de la *Belle-Roulotte*, con Wagram y Marengo, los cuales participaban evidentemente de las antipatías nacionales de su amo.

De aquí completo desacuerdo entre el faldero y el perro de aguas de una parte, y los *pointers* (1) de la otra; luego alboroto, lucha, dentelladas, y, finalmente, intervención de los propietarios.

Habiendo oído sir Edward Turner aquella algarada, salió de la casa que ocupaba á la entrada del lugar, y vino á amenazar con su látigo á los perros de M. Cascabel.

Éste se puso inmediatamente delante del *baronnet*, tomando la defensa de sus bestias.

(1) Perros de punta.

Sir Edward Turner, que se expresaba en francés muy correcto, reconoció inmediatamente con quién tenía que haberse las, y sin procurar poner ningún freno á su insolencia, no se detuvo para tratar *británicamente* al saltimbanqui en particular, y á sus compatriotas en general.

Imagínese cualquiera lo que debió experimentar M. Cascabel al escuchar tales insolencias. Sin embargo, como no quería crearse ninguna dificultad ni meterse en un mal negocio, sobre todo en país inglés, que hubieran podido retardar su viaje, se contuvo, y respondió con un tono que no tenía nada de altivo:

—Caballero, vuestros perros son los que han empezado por atacar á los míos...

—¡A los vuestros!... replicó el *baronnet*. ¡Perros de titiritero... que sólo son buenos para ser recibidos á mordiscos ó á latigazos!

—Debo haceros observar, repuso monsieur Cascabel animándose, á pesar de su resolución de permanecer tranquilo, que es indigno de un *gentleman* lo que estáis diciendo!

—Sin embargo, es la única respuesta que merece un hombre de vuestra especie.

—¡Caballero, yo soy cortés... y vos sois un... insolente!

—¡Ah! ¡Tened cuidado!... ¡Os atrevéis á hacer frente al *baronnet* sir Edward Turner!...

La cólera se apoderó de M. Cascabel, y con el rostro pálido, los ojos inflamados, los puños amenazadores, se dirigía hacia el *baronnet*, cuando llegó corriendo Napoleona.

—¡Padre, á ver si vienes!... dijo. Mamá te llama.

Cornelia había enviado á su hija á fin de que M. Cascabel entrase en la *Belle-Roulotte*.

—¡En seguida! contestó éste. Di á tu madre que espere á que haya concluido con este *gentleman*, Napoleona.

A este nombre, el *baronnet* soltó una carcajada de las más despreciativas.

—¡Napoleona! repitió. ¡Napoleona!... El nombre del monstruo que...

Aquello era más de lo que M. Cascabel podía soportar.

Avanzando con los brazos cruzados hasta tocar al *baronnet*:

—¡Me estáis insultando! dijo.

—¡Que os insulto!... ¿A vos?

—A mí, é insultáis también al grande hombre que no hubiera tenido ni para un diente con vuestra isla, si hubiese desembarcado.

—¿De veras?

—¡Que se la hubiera tragado como una ostra!...

—¡Miserable payaso! exclamó el *baronnet*.

Y se retiró hacia atrás, tomando la actitud del pugilista que se apresta á la lucha.

—¡Sí! ¡Me insultáis, señor *baronnet*, y vais á darme una satisfacción!

—¡Una satisfacción á un saltimbanqui!

—¡Al insultarle le habéis hecho vuestro igual!... Y nos batiremos á espada, á pistola, á sable, ó á lo que queráis... hasta á puñetazos.

—¿Y por qué no con las vejigas, como los titiriteros, sobre los tablados?

—¡Defendéos!

—¿Acaso se bate uno con un corredor de ferias?

—¡Sí! gritó M. Cascabel en el colmo del furor. ¡Sí! ¡Se bate, ó se le obliga á batirse!

Y sin pensar que su adversario tendría sin duda la ventaja en aquella lucha al trompis, en que tanto sobresalen los *gentlemen*, iba á precipitarse sobre él, cuando Cornelia intervino.

En el mismo instante acudieron algunos oficiales del regimiento de sir Edward Turner, sus compañeros de caza, y reuniéndose al *baronnet*, decididos á no dejarle comprometerse con semejante especie, colmaron de invectivas á la familia Cascabel. Pero estas invectivas no tuvieron el dón de conmover, al menos en la apariencia, á la imponente Cornelia, que se contentó con arrojar á sir Edward una mirada poco tranquilizadora para el insultador de su marido.

En aquel momento llegaron Juan, Clou y Sandre; la disputa iba á degenerar en batalla, cuando Mad. Cascabel gritó:

—¡Ven, César, y vosotros también, niños, venid!... ¡Vamos!... ¡Todos á la *Roulotte*, y deprisita!

Dijo esto con un tono tan imperioso, que ninguno se permitió desobedecer aquella orden.

¡Qué noche para M. Cascabel! La cólera le ahogaba...

¡Él, tocado en su honor, tocado en la persona de su héroe!

¡Insultado por un *english!*... Quería ir á buscarle, quería batirse con él, con todos sus compañeros, con todos los tunantes de aquella aldea de los ídem... ¡Y sus hijos no pedían otra cosa que acompañarle! ¡Hasta Clou, que no hablaba nada menos que de comer las narices á un inglés... á menos que no quedase satisfecho con una oreja!

Gran trabajo costó á Cornelia contener á aquellos energúmenos. En el fondo reconocía que tenían razón para estar enfurecidos, y no podía negar que su marido primero, y después toda la familia, habían sido tratados como no lo serían ni aun los ambulantes de la peor especie.

Sin embargo, no queriendo empeorar la situación, no cedió; hizo frente á la tormenta, y al deseo expresado por M. Cascabel de ir á propinar al *baronnet* una de aquellas palizas que... ella le contestó:

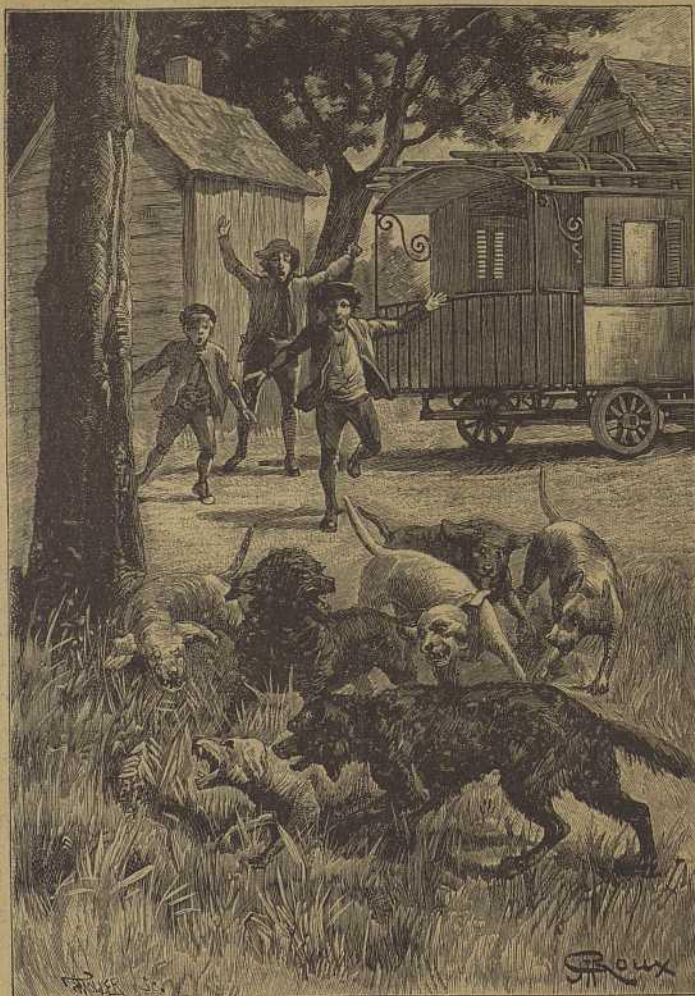
—¡Yo te lo prohibo, César!

Y M. Cascabel, aunque tascando el freno, hubo de someterse á las órdenes de su mujer.

¡Con qué impaciencia esperaba Cornelia la llegada del día siguiente! ¡Qué deseos tenía de abandonar aquel maldito lugar! No se vería tranquila hasta que toda la familia se encontrase á algunas millas al Norte. Y para asegurarse de que ninguno saldría durante la noche, no sólo cerró cuidadosamente la puerta de la *Belle Roulotte*, sino que se quedó á la parte exterior de centinela.

Al siguiente día, 27 de Mayo, antes de las tres de la mañana, Cornelia despertó á todo el personal.

Para mayor seguridad, quería partir antes del alba, cuando todos, indios é ingleses, estuviesen entregados al sueño. Era la mejor manera de impedir que la batalla volviera á reproducirse. Y hasta en aquel momento—detalle digno de notarse—parecía que aquella valiente mujer tenía singular empeño en levantar el campo apresuradamente. Muy agitada, con la mirada inquieta, los ojos inflamados, mirando á la derecha, á la izquierda, hostigaba, reprendía, apremiaba á su marido, á sus hijos y á Clou, que no se apresuraban lo bastante con relación á su impaciencia.



Alboroto, lucha, dentelladas

—¿Cuántos días nos faltan para pasar la frontera? preguntó al guía.

—Tres días, respondió Ro-No, si no sufrimos retraso en el camino.

—¡Partamos!... replicó Cornelia. Y, sobre todo, que no nos vean marchar.

No hay que imaginarse que M. Cascabel había digerido los insultos de la víspera.

Abandonar la aldea sin haber pagado al *baronnet* lo que le debía, era duro para un normando, tan francés como patriota.

—¡He aquí lo que tiene, repetía, poner los pies en un país de John Bull!

Pero aunque tuvo la veleidad de ir a dar una vuelta por los alrededores de la aldea con la esperanza de encontrar á sir Edward Turner; aunque arrojó más de

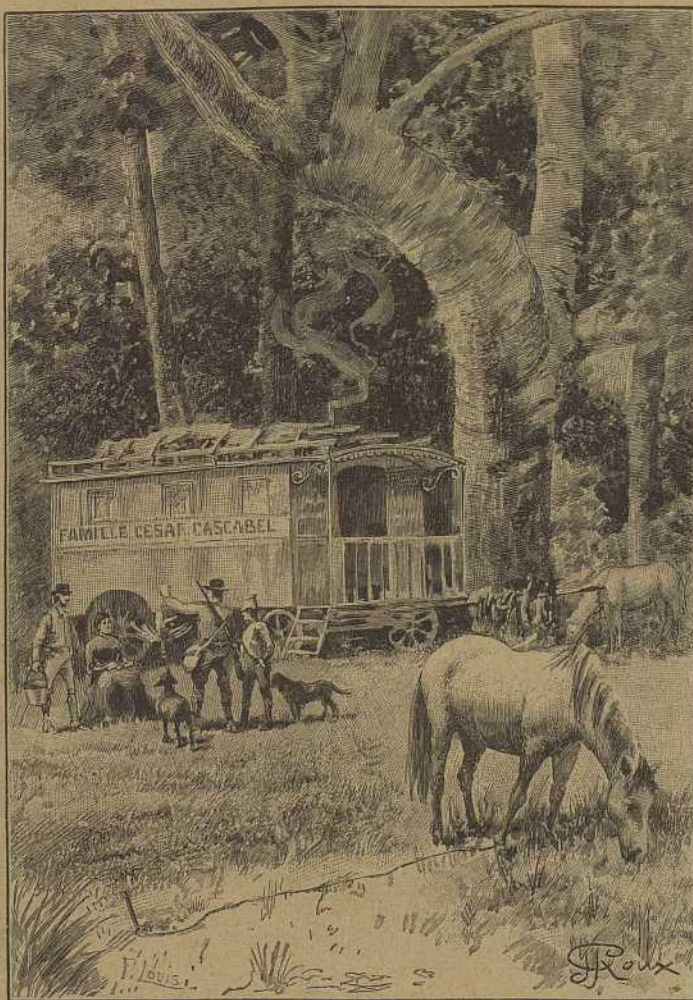
una mirada á las ventanas cerradas de la casa, no se atrevió á alejarse de la terrible Cornelia. Esta no le abandonó ni un instante.

—¿Adónde vas, César?... ¡Aquí, César!... ¡Te prohibo que te muevas, César!

M. Cascabel no oía más que estas palabras. Nunca había estado dominado hasta tal punto por la excelente é imperiosa compañera de su vida.

Por fin, gracias á las reiteradas órdenes de Cornelia, terminaron rápidamente los preparativos, y los caballos quedaron enganchados á las varas.

A las cuatro de la mañana, perros, mono y cotorra, marido, hijos é hija, todos estaban instalados en los departamentos de la *Belle-Roulotte*, sobre cuyo pescante



La familia Cascabel hizo alto

estaba sentada Mad. Cascabel. Después que Clou y el guía se pusieron á la cabeza de los caballos, se dió la orden de marcha.

Un cuarto de hora después la aldea de los Coquins había desaparecido detrás de la cortina de corpulentos árboles que la rodeaban.

Apenas empezaba á apuntar el día.

Todo estaba silencioso. Ni un sér viviente en la superficie de la extensa llanura que se alargaba en dirección del Norte.

Y entonces, cuando se tuvo la evidencia de que la partida se había efectuado sin haber llamado la atención de nadie; cuando Cornelia tuvo la completa seguridad de que ni los indios ni los ingleses pensaban en cerrarles el paso, lanzó un prolongado suspiro de satisfacción, del

que tal vez su marido se sintió algo humillado.

—¿Has tenido mucho miedo de esas gentes, Cornelia? la preguntó.

—¡Mucho miedo! se contentó con responder.

Los tres días siguientes transcurrieron sin incidente alguno, y, según lo había anunciado el guía, llegaron por fin al extremo límite de la Columbia.

La *Belle-Roulotte* se detuvo después de haber franqueado felizmente la frontera alaskiana.

Sólo tenían que arreglar las cuentas con el guía indio, que se había siempre mostrado tan celoso como fiel, y darle gracias por sus buenos servicios.

Ro-No se despidió de la familia después

de haber indicado la dirección que debería seguir para llegar, por el camino más corto, á Sitka, la capital de las posesiones rusas.

No tratándose ya de un territorio inglés, parecía que M. Cascabel hubiera debido respirar más á su gusto.

¡Pero no sucedía así!

Después de tres días, no se había re-
puesto aún de la escena que había ocurri-
do en la aldea de los Coquins.

La tenía siempre sobre el corazón; así
es que no pudo menos de decir á Cornelia:

—Hubieras debido dejarme volver atrás
para ajustar las cuentas á ese milord...

—Ya está hecho, César, respondió
tranquilamente Mad. Cascabel.

¡Sí!... ¡hecho, y bien hecho!

Durante la noche, mientras toda su gen-
te dormía en el campamento, Cornelia se
había ido á rondar la casa del *baronnet*, y
habiéndole percibido en el momento-en que
salía para cazar á la espera, le había se-
guido algunos centenares de pasos. Y en-
tonces, cuando se hubo internado en el
bosque, «El primer premio del concurso
de Chicago» había administrado al suso-
dicho milord una de esas monumentales
palizas que tumban á un hombre sobre
el suelo. Sir Edward Turner, destroza-
do y medio muerto, no había sido levan-
tado hasta el día siguiente, y debía llevar
largo tiempo las señales de su encuentro
con aquella amable mujer.

—¡Oh, Cornelia... Cornelia! exclamó
su marido, estrechándola entre sus bra-
zos. ¡Tú has vengado mi honor!... ¡Cuán
digna eras de ser una Cascabel!

IX

[NO SE PASA]

Alaska es la parte del continente com-
prendida al Noroeste de la América sep-
tentrional, entre los cincuenta y dos y se-
tenta y dos grados de latitud.

Está, pues, cortada transversalmente
por la línea del Círculo Polar Ártico, que
se redondea á través del estrecho de Beh-
ring.

Mirad la costa con alguna detención, y

notaréis, bastante distintamente, que el
litoral forma una cara del tipo israelita.

Su frente se desarrolla entre el Cabo
Lisboa y la punta Barrow; la órbita del
ojo es el golfo de Kotzebue; la nariz es el
cabo del Príncipe de Galles; la boca es la
bahía de Norton, y la tradicional perilla
es la península de Alaska, continuada por
el semillero de las islas Aleutianas, que
se proyecta sobre el Océano Pacífico. En
cuanto á la cabeza, se termina con la pro-
longación de la cadena de los Ranges, cu-
yas últimas pendientes van á morir en el
mar Glacial.

Tal es la comarca que la *Belle-Roulotte*
iba á atravesar oblicuamente en un tra-
yecto de seiscientas leguas.

No hay que decir que Juan había estu-
diado cuidadosamente en la carta sus
montañas, sus corrientes de aguas, la dis-
posición del litoral; en fin, el itinerario
que le convenía seguir. Hasta había dado
con este motivo una conferencia, que su
familia se había apresurado á escuchar
con el más vivo interés.

Gracias á él, todos, hasta el mismo
Clou, sabían que aquel país, situado al ex-
tremo Noroeste del continente americano,
había sido visitado primero por los rusos,
después por el francés Lapérouse y el in-
glés Vancouver, y últimamente por el
americano Mac-Clure, cuando su expedi-
ción en busca de sir John Frámlin.

En realidad era una región ya recono-
cida, en parte solamente, gracias á los
viajes de Frédéric Whimper y del coronel
Buxley, en 1865, cuando se trató de esta-
blecer un cable submarino entre el Anti-
guo y el Nuevo Mundo por el Estrecho
de Behring.

Hasta aquella época, el interior de la
provincia alaskiana no había sido recorri-
do sino por los viajeros de las casas que
hacían el comercio de las pieles y pele-
tería.

Entonces fué cuando reapareció en la
política internacional la célebre doctrina
de Monroe, según la cual América debía
pertenecer por completo á los america-
nos. Si las colonias de la Gran Bretaña,
Columbia y *Dominion*, no podían pertene-
cerles sino en un porvenir más ó menos
lejano; tal vez Rusia consentiría en ceder-
les Alaska, es decir, cuarenta mil leguas
cuadradas de territorio. Con este objeto

se entablaron serias negociaciones con el Gobierno moscovita.

En los Estados Unidos burláronse al principio de Mr. Steward, secretario de Estado, cuando emitió la pretensión de adquirir aquel *Walrus-Sia*, aquellas *tierras de las focas*, con las que parecía que nada tenía que hacer la República. Sin embargo, Mr. Steward persistió con una terquedad tan *yankee*, que en 1867 los tratados se hallaban muy adelantados, y si bien la convención no había sido firmada todavía por América y por Rusia, debía serlo de un momento á otro.

Era la noche del 31 de Mayo. La familia Cascabel había hecho alto en la frontera, al pie de un bosque de árboles corpulentos.

En aquel punto, la *Belle-Roulotte* se encontraba sobre el territorio de Alaska, en plenas posesiones rusas, y fuera ya del suelo de la Columbia inglesa. Desde tal punto de vista, M. Cascabel podía estar tranquilo. Así es que había vuelto á su buen humor, y de una manera tan comunicativa, que todos los suyos la compartieron. En adelante, para conducirlos hasta los límites de la Rusia Europea, su itinerario no abandonaría el territorio moscovita. Provincia alaskiana ó Siberia asiática, ¿no estaban estas vastas comarcas bajo el dominio del Zar?

Tuvieron una alegre cena. Juan había matado una liebre grande y gorda, que Wagram había levantado entre los matorrales. Una verdadera liebre rusa, si no lo tomáis á mal.

— ¡Y nos beberemos una soberbia botella! dijo M. Cascabel. ¡Dios mío! Parece que se respira mejor á este lado de la frontera. ¡Aquí hay aire americano, mezclado de ruso! ¡Respirad á plenos pulmones, hijos míos!... ¡Hay para todo el mundo, hasta para Clou, por más que tenga unas narices de á vara! ¡Ouf!... Cinco semanas hace que me estaba ahogando al atravesar esta maldita Columbia!

Y cuando terminó la cena, después de la absorción total de la soberbia botella, cada cual se retiró á su lecho.

La noche se pasó con la mayor tranquilidad. No fué turbada ni por la aproximación de las fieras ni por la presencia de indios nómadas.

Al día siguiente, caballos y perros esta-

ban completamente repuestos de sus fatigas.

El campamento se levantó al amanecer, y los huéspedes de la hospitalaria Rusia, *aquella hermana de Francia*, como decía M. Cascabel, hicieron sus preparativos de marcha.

Estos no fueron largos.

Un poco antes de las seis de la mañana, la *Belle Roulotte* avanzaba en dirección del Noroeste, con el fin de alcanzar el Simpson-river, que sería fácil atravesar en la barca de pasaje.

Esta punta que Alaska destaca hacia el Sur, es una delgada lengua de tierra, conocida con el nombre general de Thlinkithen, rodeada al Oeste por cierto número de islas ó de archipiélagos, tales como las islas del Príncipe de Galles, de Croozer, de Kuju, de Sitka, de Baranow, etc.

En esta isla está situada la capital de la América rusa, que lleva también el nombre de Nueva Arkángel. Desde el momento en que la *Belle-Roulotte* llegase á Sitka, M. Cascabel contaba hacer un alto de algunos días, con el objeto, primero, de descansar, y después, de prepararse para la terminación de aquella primera parte de su viaje que debía conducirles al estrecho de Behring.

Este itinerario obligaba á seguir una parte de territorio caprichosamente recostado á lo largo de la cadena costera.

M. Cascabel partió, pues; pero aún no había andado una legua, cuando le detuvo en seco un obstáculo que parecía infranqueable.

La hospitalaria Rusia, la hermana de Francia, como decía el buen Cascabel, no parecía dispuesta á recibir *hospitalariamente* á los hermanos franceses que constituían la familia de este excelente patriota.

En efecto: Rusia se presentó bajo el aspecto de tres agentes de la frontera, tipos vigorosos, barbas largas, gruesas cabezas, narices remangadas, aire calmuco, vestidos con el sombrío uniforme moscovita y cubiertos con el aplastado casquete que inspira un saludable respeto á tantos millones de hombres.

A una señal hecha por uno de aquellos agentes, la *Belle-Roulotte* suspendió su marcha, y Clou, que conducía el tiro, llamó á su patrón.

M. Cascabel apareció á la puerta de la

primera división, seguido de su mujer y de sus hijos.

Después descendieron todos, algo inquietos por la vista de aquellos uniformes.

—¿Vuestros pasaportes? dijo el agente en idioma ruso; lengua que M. Cascabel comprendió demasiado en aquella circunstancia.

—¿Pasaportes?... preguntó.

—¡Sí! No está permitido penetrar sin pasaporte en las posesiones del Zar.

—¡Pero nosotros no los tenemos, mi querido señor! replicó políticamente monsieur Cascabel.

—Entonces no pasaréis.

Esto fué claro y significativo, como una puerta que se cierra en las narices de un importuno.

M. Cascabel hizo una mueca. Sabía cuán severas son las prescripciones de la Administración moscovita, y era dudoso que pudiera llegar á una transacción. Realmente era una fatalidad increíble haber encontrado aquellos agentes precisamente en el punto en que la *Belle-Roulotte* había franqueado la frontera.

Cornelia y Juan aguardaban con suma ansiedad el resultado de aquel coloquio, del que dependía la terminación del viaje.

—Bravos moscovitas, dijo M. Cascabel desarrollando su voz y sus gestos á fin de dar más relieve á su charlatanismo habitual; nosotros somos franceses que viajamos para nuestro recreo, y, me atrevo á decirlo, para el de los demás, y particularmente para el de los nobles boyardos que se dignan honrarnos con su presencia!... Hemos creído que podríamos dispensarnos de tener papeles cuando se trataba de pisar el suelo de S. M. el Zar, emperador de todas las Rusias...

—¿Entrar sin permiso especial en su territorio? le respondieron. ¡Eso no se ha visto... jamás!

—¿Y no podría verse una vez sola? ¿Tan solo una?... replicó M. Cascabel con acento insinuante.

—No, le contestó el agente en tono seco y breve. Con que... ¡atrás! y sin reflexiones.

—Pero, en fin, preguntó M. Cascabel: ¿puede uno procurarse esos pasaportes?

—Eso es cuenta vuestra.

—Dejadnos ir hasta Sitka, y allí, por mediación del cónsul de Francia...

—No hay cónsul de Francia en Sitka. Además, ¿de dónde venís?

—De Sacramento.

—Pues bien; es preciso que os proveáis de pasaportes en Sacramento... Luego es inútil insistir...

—Es muy útil, por el contrario, replicó M. Cascabel, toda vez que estamos en camino para volver á Europa.

—¿A Europa... siguiendo esta dirección?...

M. Cascabel comprendió que su respuesta debía hacerle particularmente sospechoso, porque volver á Europa por aquel camino, era cosa bastante extraordinaria.

—Sí, añadió; ciertas circunstancias nos han obligado á dar este rodeo.

—Poco importa, replicó el agente. No se atraviesa por los territorios rusos sin pasaportes.

—Si sólo se trata de pagar los derechos, dijo entonces M. Cascabel, tal vez llegaremos á entendernos.

Al hablar así, guiñaba los ojos de una manera significativa.

Pero ni con estas condiciones parecía que podrían entenderse.

—Bravos moscovitas, añadió M. Cascabel perdiendo toda esperanza: ¿acaso no habréis oído nunca hablar de la familia Cascabel?

Y dijo esto como si la familia Cascabel fuese igual á la familia Romanoff.

Tampoco esto sirvió. Hubo que dar media vuelta y volver atrás.

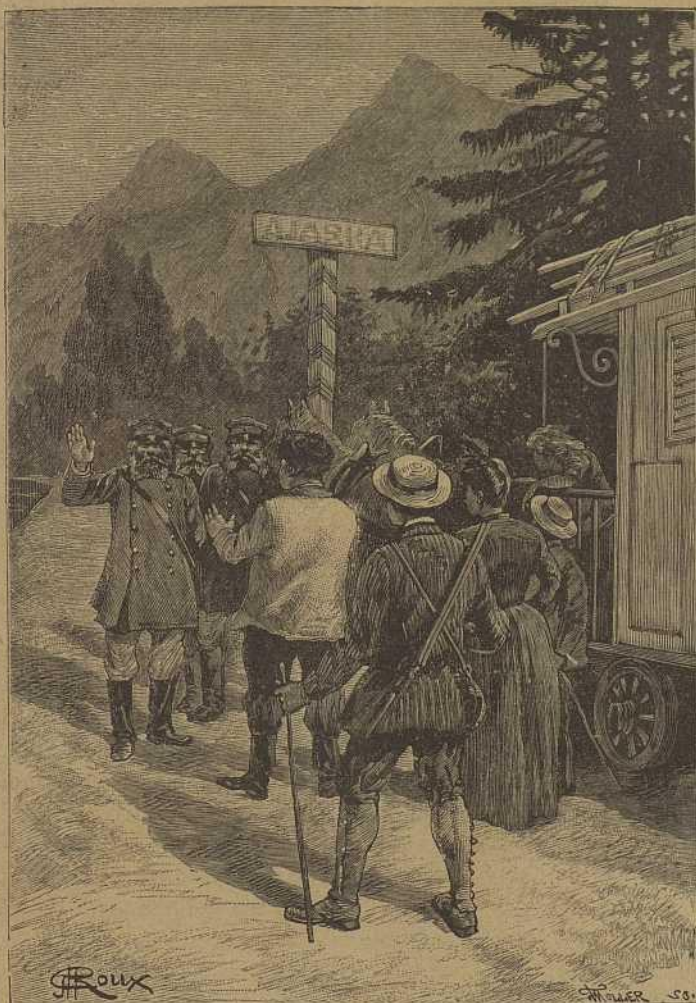
Los agentes llevaron su severa é implacable consigna hasta el extremo de reconducir la *Belle-Roulotte* al otro lado de la frontera, con mandamiento formal á sus huéspedes de no volverla á franquear.

Siguióse de aquí que M. Cascabel volvió á encontrarse, con gran sentimiento suyo, sobre el territorio de la Columbia Inglesa.

Hay que convenir en que aquel contratiempo les creaba una situación desagradable y hasta inquietante.

Todos sus planes venían á tierra. Era necesario renunciar al itinerario adoptado con tanto entusiasmo.

El viaje por el Oeste, la vuelta á Europa por la Siberia asiática, se hacía imposible por falta de pasaportes. Volver á Nueva York á través del Far-West, podía hacer-



—Entonces no pasaréis.

se evidentemente en condiciones habituales.

Pero ¿cómo franquear el Océano Atlántico sin buque, y cómo tomar pasaje á bordo de un paquebot, sin dinero para pagarle?

En cuanto á procurarse durante el camino la suma necesaria para semejante gasto, era poco cuerdo pensarlo. Además, ¿cuánto tiempo sería necesario para completarla?

La familia Cascabel—¿por qué no confesarlo?—debía estar ya gastada en los Estados Unidos. No había ciudades, villas ni aldeas en todo el terreno del Great-Trunk, que no hubiera ya explotado. Ahora no recogería, ni aun en centavos, lo que otras veces recogía en dollars.

¡No! Al tomar el camino del Este experimentarían retrasos infinitos; tal vez transcurrirían años antes de que pudieran embarcarse para Europa.

Necesitaban á toda costa encontrar una combinación que permitiese á la *Belle-Roulotte* llegar á Sitka. He aquí lo que pensaban, lo que se decían los miembros de aquella interesante familia cuando los tres agentes les dejaron entregados á sus penosas reflexiones.

—¡Vaya un paso! dijo Cornelia meneando la cabeza.

—Esto no es paso, respondió M. Cascabel; ¡es un pasadizo, es un callejón sin salida! Vamos, viejo atleta, luchador de los circos públicos, ¿acaso van á faltarte los recursos para triunfar de la adversa

fortuna? ¿Es que te vas á dejar abrumar por la mala sombra? ¿Acaso un saltimbanqui como tú, acostumbrado á todas las trampas, á todas las artimañas, no ha de lograr escaparse de este apuro? ¿Está vacío tu saco de malicias? Tu imaginación, tan fértil en expedientes, ¿no ha de triunfar de la situación, sobreponiéndose á ella?

—César, dijo entonces Cornelia; puesto que esos malditos agentes se han encontrado tan á punto para impedirnos el paso de la frontera, intentemos dirigirnos á su jefe.

—¡Su jefe! exclamó M. Cascabel. Su jefe es el gobernador de Alaska, algún coronel ruso, tan intratable como sus subordinados, y que con seguridad nos enviará á paseo.

—Además debe residir en Sitka, que es precisamente adonde nos impiden ir.

—Tal vez, dijo Clou de Girofle bastante juiciosamente, esos agentes no se negasen á conducir á uno de nosotros á presencia del gobernador...

—Tiene razón, respondió Cascabel; ¡es una excelente idea!...

—A menos que no sea mala, añadió Clou con su correctivo acostumbrado.

—Hay que intentarlo antes de volver atrás, dijo Juan; y si tú quieres, padre, yo iré...

—No, valdrá más que yo vaya. ¿Está lejos Sitka de la frontera?

—Unas cien leguas, respondió Juan.

—Pues bien, dentro de diez días puedo ya estar de vuelta en nuestro campamento. Aguardemos á mañana, é intentaremos la aventura.

Al amanecer del día siguiente, M. Cascabel se puso en busca de los agentes. No fué difícil encontrarlos, pues se habían quedado vigilando en los alrededores de la *Belle-Roulotte*.

—¡Todavía vosotros! gritó uno de ellos con aire amenazador.

—Todavía yo, respondió Cascabel con su más insinuante sonrisa.

Y con toda clase de amabilidades, dirigidas á la Administración moscovita, hizo conocer su deseo de ser conducido ante su excelencia el gobernador de Alaska. Ofrecía pagar los gastos de viaje del honorable funcionario que consintiese en acompañarle, y hasta dejó entrever la perspectiva de una bonita gratificación en moneda

corriente, para el hombre generoso que...

La proposición naufragó.

La perspectiva de una bonita gratificación no tuvo éxito alguno.

Era probable que los agentes, tercios como aduaneros y testarudos como empleados del resguardo, empezasen á encontrar extremadamente sospechosa aquella insistencia en franquear la frontera alaskiana. El caso es que uno de ellos intimó la orden de retroceder en el acto, añadiendo:

—Si os volvemos á ver en territorio ruso, no es á Sitka adonde se os conducirá, sino al fuerte más próximo. Y cuando se entra allí, no se sabe cuándo ni cómo será la salida.

M. Cascabel, con ayuda de algunos empujones, fué conducido en el acto á la *Belle-Roulotte*, llevando patente en su desconcertado rostro el poco éxito que habían alcanzado sus gestiones.

¿Iba, por ventura, la movable morada de los Cascabels á transformarse en habitación sedentaria? ¿Acaso la nave que llevaba al saltimbanqui y su fortuna iba á quedar varada sobre la frontera columboalaskiana, como un buque al que la mar, al retirarse, deja en seco en medio de las rocas?

En verdad que todo era de temer.

¡Cuán tristes fueron el día que transcurrió en aquellas condiciones y los demás que pasaron sin que la familia pudiera decidirse á tomar una resolución!

Por fortuna no faltaban los viveres: quedaba una provisión suficiente de conservas, que se contaba renovar en Sitka. Además, la caza era abundantísima en los alrededores; pero Juan y Wagram tenían especial cuidado en no aventurarse fuera del territorio columbiano, lo que hubiera costado al joven, además de la escopeta, una fuerte multa en provecho del fisco moscovita.

M. Cascabel y los suyos estaban seriamente apesadumbrados. Parecía que hasta los animales tomaban parte en su pesar.

Jako charlaba menos que de ordinario. Los perros, con la cola caída, lanzaban ladridos de inquietud. John-Bull se abstentía de hacer gestos y contorsiones. Únicamente Vermont y Gladiador parecían aceptar voluntariamente la situación, no teniendo que hacer otra cosa que pacer la

fresca y jugosa hierba que les ofrecía la llanura.

—Sin embargo, hay que tomar un partido, repetía á veces M. Cascabel cruzándose de brazos.

Evidentemente: pero ¿cuál?... He aquí lo que no hubiera debido embarazar á M. Cascabel, porque, á decir verdad, no había elección posible; era preciso volver atrás, porque estaba prohibido marchar adelante.

¡El viaje por el Oeste, emprendido con tanta resolución, había terminado!

¡Era necesario volver á pisar el suelo maldito de la Columbia Inglesa, y luego lanzarse á través de las praderas del Far-West, á fin de llegar al litoral del Atlántico!

Una vez en Nueva York, ¿qué harían? Tal vez algunas almas caritativas iniciarían una suscripción para ayudar á repatriarse á la familia! ¿Qué humillación para aquellas honradas gentes que habían vivido siempre de su trabajo, que nunca habían tendido la mano, el tener que descender hasta recibir una limosna!

¡Ah miserables, los que en los pasos de Sierra Nevada les habían robado su pequeña fortuna!

—Si no se hacen ahorcar en América, ó agarrotar en España, ó guillotinar en Francia, ó empalar en Turquía, repetía M. Cascabel con un gesto especial á cada uno de estos castigos, es que no hay justicia en este mundo.

Por fin se decidió.

—Mañana partiremos, dijo en la noche del 4 de Junio. Volveremos á Sacramento, y luego...

No acabó la frase. En Sacramento ya verían.

Todo estaba dispuesto para la partida.

No había más que enganchar y volver la cabeza en dirección al Sur.

Esta última noche, pasada en la frontera de Alaska, fué todavía más triste que las anteriores.

La oscuridad era profunda.

Grandes nubes, en confuso desorden, recorrían el cielo, semejantes á ténpanos flotantes, que una fuerte brisa empujaba hacia el Este.

La mirada no podía distinguir ninguna estrella, y la luna, en creciente, acababa de ocultarse tras las altas montañas del horizonte.

Eran cerca de las nueve cuando M. Cascabel dió á todo su personal la orden de irse á acostar.

Al día siguiente, al amanecer, debían ponerse en camino.

La *Belle-Roulotte* volvería á tomar el camino que había seguido desde Sacramento, y no sería difícil dirigirla, aun careciendo de la ayuda de un guía.

Una vez llegados á las fuentes del Frazer, no habría más que descender el valle hasta la frontera del territorio de Washington.

Clou se disponía á cerrar la puerta del primer compartimiento, después de haber dado las buenas noches á los perros, cuando estalló una detonación á corta distancia.

—¡Parece un disparo! dijo M. Cascabel.

—Sí... han tirado, respondió Juan.

—Algún cazador, sin duda, replicó Cornelia.

—¿Un cazador, en una noche tan sombría? observó Juan. No es lo probable.

En aquel momento, una segunda detonación retumbó, y se oyeron algunos gritos.

ÍNDICE DEL PRIMER CUADERNO

	<u>Páginas</u>
I.—Fortuna hecha.....	5
II.—La familia Cascabel.....	11
III.—Sierra Nevada.....	17
IV.—Gran determinación.....	24
V.—¡En marcha!.....	32
VI.—Continuación del viaje.....	38
VII.—A través del Caribou.....	45
VIII.—El pueblecito de los <i>coquins</i>	49
IX.—¡No se pasa!.....	54

COLECCIÓN JUBERA

Con este título hemos inaugurado una edición especial de lujo de las obras de los más conocidos y notables autores, en papel superior y con fotograbados hechos por los más reputados artistas, de la cual van publicados:

A. Daudet: Roberto Helmont

(Diario de un solitario.)

que forma un volumen en 8.º con más de 110 fotograbados y 16 cromotipias; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

A. Daudet: Treinta años de París

A través de mi vida y de mis libros.

con 118 fotograbados tirados en diversos colores y una elegante cubierta al cromo; precio, 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

A. Daudet.

Recuerdos de un hombre de letras,

con 98 grabados tirados en diversos colores, y cubierta al cromo; precio, 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

A. Daudet: La lucha por la existencia.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

Un volumen en 8.º con 12 fotograbados tirados en color, 8 heliotipias, y cubierta al cromo; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

A. Daudet: Mujeres de artistas.

Un tomo en 8.º con 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo; precio, 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

C. Flammarion: Urania,

que forma un tomo en 8.º con 91 grabados, y cubierta al cromo; precio, 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

A. Daudet: La Bella Nivernesa.

Un tomo en 8.º con 158 grabados y cubierta al cromo; precio, 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

Edmundo y Julio de Goncourt.

Sor Filomena.

Un tomo en 8.º con más de 90 fotograbados y una bonita cubierta al cromo; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

OBRAS PUBLICADAS

	Ptas.		Ptas.
J. Clarette. —Los Millones; un tomo.....	2	J. Mary. —El crimen de una madre; un tomo.....	2
A. Sauliere. —La Pecadora; un tomo.....	2	J. Mary. —Premio y Castigo; un tomo....	2
J. Peyrebrune. —La señorita de Tremor; un tomo.....	2	C. Merouvel. —El Divorcio de la Condesa; un tomo.....	2
A. Ghislanzoni. —Emilia Redenti (historia de una prima donna).....	2	C. Merouvel. —Teresa Valignat; un tomo.	2
J. Mary. —Un casamiento á viva fuerza; un tomo.....	2	C. Merouvel. —La Rosa de los mercados; un tomo.....	2
J. Mary. —Yo te amo.....	2	C. Merouvel. —Corazón de oro; un tomo.	2
J. Mary. —Los Amores en París; un tomo.	2	M. Lara. —El señor de Pérez.....	2
J. Mary. —El Beso; un tomo.....	2	C. Coello. —Cuentos inverosímiles; un tomo.....	2
J. Mary. —Un Casamiento extraño; un tomo.....	2	P. Loti. —La novela de un niño; un tomo.	2
J. Mary. —La Charca de las Corzas; un tomo.....	2	G. Maupassant. —Nuestro corazón; dos tomos: cada uno á.....	2
J. Mary. —La prórroga; un tomo.....	2	J. Ortega Munilla. —Panza-al-Trote; un tomo.....	2
J. Mary. —Honor por honor; tomo.....	2	J. Ortega Munilla. —Cleopatra Pérez; un tomo.....	2
J. Mary. —Roger Laroque; un tomo.....	2	J. Ortega Munilla. —Lúcio Téllez; un tomo.....	2
J. Mary. —Madre culpable; un tomo.....	2	P. Bourget. —Un corazón de mujer; un tomo.....	2
J. Mary. —¿Y pesar de todo!.....	2		
J. Mary. —El Secreto de Rouquin; un tomo.....	2		
J. Mary. —El Pasado; un tomo.....	2		

Teniendo en preparación otras obras, que anunciaremos oportunamente.

OBRAS PUBLICADAS

- | | | | |
|---|----------------------------------|--|----------------------------------|
| <p>A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra (cuatro cuadernos).</p> <p>A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud (dos cuadernos)</p> <p>A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud: Tartarín de Tarascón (un cuaderno)</p> <p>H. Malot. Román Kalbris (dos cuadernos).</p> <p>Benedict. La Madona de Guido Reni (tres cuadernos).</p> <p>E. Legouvé. Nuestros hijos (dos cuadernos).</p> <p>Stevenson. La Isla del Tesoro (dos cuadernos).</p> | <p>UNA PESETA cada cuaderno.</p> | <p>J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas (dos cuadernos).</p> <p>A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas (dos cuadernos).</p> <p>A. Daudet. Roberto Helmont (dos cuadernos).</p> <p>C. Dickens y W. Collins. El Abismo (un cuaderno).</p> <p>A. Daudet. Treinta años de París (dos cuadernos).</p> <p>A. Daudet. Recuerdos de un hombre de letras (dos cuadernos).</p> <p>A. Dumas. Historia de un Cascanueces (dos cuadernos).</p> <p>H. Malot. Sin familia (cuatro cuadernos).</p> | <p>UNA PESETA cada cuaderno.</p> |
|---|----------------------------------|--|----------------------------------|

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

Esta *Biblioteca*, de la misma forma y tamaño que la de las obras de Julio Verne, publica todos los meses uno ó dos cuadernos de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones.

Cada obra completa tiene como máximo cuatro cuadernos, y se vende al precio de una peseta cada uno.

Las condiciones de venta de esta *Biblioteca* para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las obras de Julio Verne.

COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

COCINA, PASTELERÍA, REPOSTERÍA Y BOTILLERÍA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS DE EJECUCIÓN FACIL Y SEGUERA
SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS ESPAÑOLES Y EXTRANLEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS UTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES, HELADOS,
LICORES, Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto, y un cromó.

13.^a EDICIÓN

Forma un elegante tomo en 4.^o de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías á 3 pesetas en rústica, y 4 encuadernada en tela.

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra dirigiéndose á sus editores, Sres. Sáenz de Jubera, calle de Campomanes, núm. 10, Madrid.